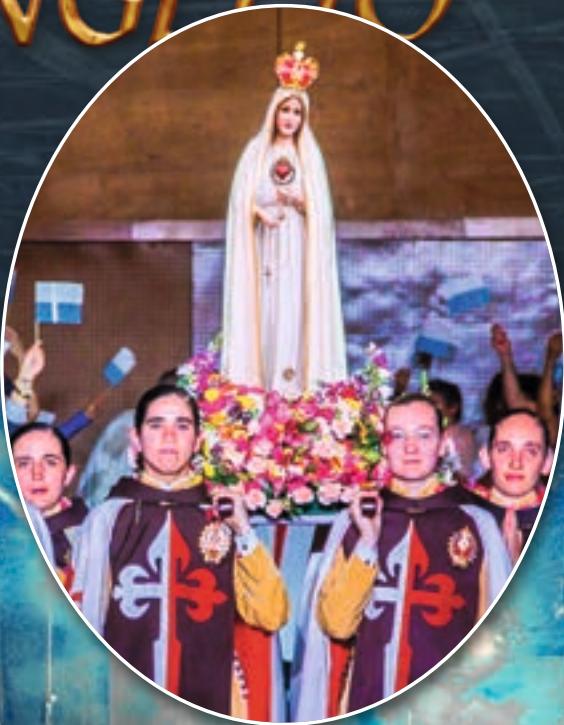




Número 252
Julio 2024

HERALDOS DEL EVANGELIO



*Estrella guía
de un mundo nuevo*

Admirable contemplación, penitencia restauradora



Daniela Silva

Después de arrepentirse, Santa María Magdalena empezó a representar claramente dos virtudes unidas: la contemplación y la penitencia.

La contemplación por distinción con su hermana, en el famoso episodio en el que el Señor le dijo a Marta: «María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada» (Lc 10, 42). Entonces, ella pasó a representar la pura contemplación, no tanto unida a la vida activa, sino como un estado enteramente contemplativo.

Al mismo tiempo, por su enorme arrepentimiento y su fidelidad al pie de la cruz, y por el hecho de haber sido la primera en tener noticia de la Resurrección del Señor, ella no sólo representó la contemplación, sino la penitencia en su gloria, en el estado de mayor perdón, de mayor intimidad con el divino Maestro. Hasta el punto de que, con el ejemplo de su vida y la de otros santos, algunos teólogos pretendieron afirmar que el estado de penitencia —una penitencia seria, profunda— es incluso más bello que el de inocencia.

Plinio Corrêa de Oliveira

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, número 252, Julio 2024

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

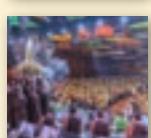
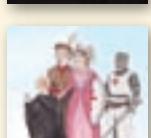
Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

<i>Escriben los lectores</i>	 4		<i>Santa Verónica Giuliani – La Pasión de Cristo en Verónica</i>	 30	
<i>¿Iglesia nueva o antigua? (Editorial)</i>	 5		<i>Elías y la orden carmelitana – El manto de Elías a través de los tiempos</i>	 34	
	<i>La voz de los Papas – Defensor e intérprete del carisma franciscano</i>	 6		<i>Lenitivo para un corazón materno</i>	 38
	<i>Comentario al Evangelio – Contra tiempos para el bien</i>	 8		<i>Heraldos en el mundo</i>	 40
	<i>San Buenaventura 750 años en la eternidad – Heraldo del amor seráfico</i>	 14		<i>Sucedió en la Iglesia y en el mundo</i>	 44
	<i>La Iglesia, maestra de la civilización</i>	 18		<i>Historia para niños... – Lágrimas de despedida</i>	 46
	<i>Fundador de una era de fe</i>	 22		<i>Los santos de cada día</i>	 48
	<i>La medalla de San Benito – Un exorcismo acuñado en medalla</i>	 24		<i>Patrona de la Armada</i>	 50
	<i>La vida cotidiana en Cluny – Fuente de agua viva para la cristiandad</i>	 26			



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es 





ESCRIBEN LOS LECTORES

MODELO PARA PRESBÍTEROS Y RELIGIOSOS DE NUESTROS DÍAS

Bellísimo y completo el artículo de la Hna. Luciana Niday Kawahira, EP, «Santa Juana de Chantal – Afec tuosa y sobrenatural convivencia», sobre esta santa y, obviamente, sobre el gran San Francisco de Sales.

Si obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas amaran con la sencillez de corazón de estos santos, la Iglesia no tendría los escándalos que hoy la humillan. Soy admirador y devoto de este santo desde joven.

P. Giuseppe Sacino
Vía revistacattolica.it

CLASE MAGISTRAL

Qué maravillosa clase magistral para instruirme sobre el tema tratado en el «Comentario al Evangelio», de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, titulado «La cátedra indestructible», de la edición de febrero. Mil gracias.

Dios los bendiga por estas revistas tan interesantes e instructivas para el católico común con religiosidad de Primera Comunión.

Alicia Manríquez M.
Vía revistacatólica.org

GLORIOSAS PÁGINAS DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Uno de mis propósitos para este año 2024 es leer más asiduamente la revista *Heraldos del Evangelio*. Mi objetivo es, por lo menos, un artículo antes de dormir y si no puedo debido al cansancio, entonces disfruto yéndome a descansar con pensamientos tan bellos y edificantes. A veces leo hasta cuatro artículos de un tirón, ¡son muy emocionantes!, como es el caso del artículo sobre la condesa Matilde de Toscana. Me sorprendió mucho,

pues nunca imaginé que la historia de la Iglesia tuviera en sus páginas más gloriosas a una mujer tan intrépida y valiente, al igual que Santa Juana de Arco. Espero en un futuro no muy lejano más artículos de la autora, a quien recuerdo con muchas saudades.

Carol
Vía revistacatólica.org

«LA IGLESIA NO TIENE MODAS»

Me llamo Otto. Soy uno, entre muchos, que colabora al mantenimiento de la revista *Heraldos del Evangelio*. Quiero hacer un elogio a la edición núm. 249, de abril de 2024. Descocía quién era San Pedro de Verona. La historia narrada por la Hna. María Cecilia Lins Brandão Veas, EP, en el artículo «Torre de integridad y de fortaleza, paladín de la fe» fue muy esclarecedora. ¡Ustedes están de enhorabuena! Como diría Santa Jacinta, con 9 años: «La Iglesia no tiene modas. Jesucristo es siempre el mismo».

Otto
Vía correo electrónico

COMPENDIO TEOLÓGICO AL ALCANCE DE TODOS

El conjunto de artículos acerca de San José, el varón escogido de Dios, publicados en la edición de marzo de la revista, constituye un pequeño compendio teológico, muy al alcance del pueblo de Dios. Los redactores tienen una capacidad colosal para abordar temas muy elevados —a veces inéditos—, de una manera bastante accesible.

Confieso que ha crecido mi admiración y devoción para con el padre virginal de Jesús y esposo de María. Afirmo que todo hombre, padre de familia o no, debe leer estas materias para crecer en la convicción del alto significado de ser hombre.

Yuri José Schulz Angel
Porto Alegre - RS

EDITORIAL SOBRE SAN JOSÉ

Magnífico el Editorial de la revista de marzo sobre el glorioso San José, cuya santidad, misión, poder y gloria son tan bien enfatizados por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, en su inigualable libro *San José: ¿quién lo conoce?*

Renato Cruz Vieira
Vía revista.arautos.org

SUSTENTÁCULO PARA LAS FAMILIAS CATÓLICAS

Mi agradecimiento a la Hna. Diana Milena Burbano, EP, por sacar a colación, en su artículo de la edición de marzo de la revista, la figura y legado de San José, especialmente, en esta época en que la Iglesia y la familia están pasando momentos difíciles. Que su «bastón florido» nos proteja de todo mal y nos guíe a la tierra prometida.

Laura Vitor
Vía revistacatólica.org

FUENTE DE CONOCIMIENTO ESPIRITUAL

El artículo «Santos ángeles custodios – Protectores y abogados del hombre», autoría del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, ha sido para mí fuente de mucho conocimiento espiritual, de mucho aprendizaje.

Muchas gracias. Que Dios los bendiga por tan lindas y excelentes aportaciones que nos ayudan bastante.

Lillian Ocon Rivas
Vía revistacatólica.org

EDUCANDO A LOS JÓVENES DE HOY

¡Qué hermoso el cuento titulado «Cuando el Espíritu Santo actúa...», escrito por Ana Karolina Strazdas Ferraz! Lo compartiré con mis colegas para que se los cuenten a sus alumnos. El Espíritu Santo siempre está ahí, para ver a quien ayuda. Muchas gracias.

Juana Torri
Vía revistacatólica.org

¿IGLESIA NUEVA O ANTIGUA?

Tras milenios bajo el yugo del pecado original, la humanidad anhelaba una renovación. Por medio de una nueva Eva, María Santísima, nació el Redentor de la primera culpa, Jesús, el nuevo Adán, para restaurar al hombre viejo.

Semejante auge no era consecuencia de una primavera del pueblo elegido. Al contrario, se vivía bajo la férula de los fariseos, los cuales, apegados a las tradiciones de los antiguos, habían subvertido los mandamientos (cf. Mt 15, 2-3) hasta invalidarlos (cf. Mc 7, 13), como lo denuncia el divino Maestro. En realidad, el Señor increpa sobre todo la hipocresía y el rígido formalismo de los fariseos, así como una especie de «miedo a lo nuevo». Ante esto, el Apóstol de las gentes enseñará que es necesario «recapitular en Cristo todas las cosas» (Ef 1, 10) a fin de que Él sea «todo, y en todos» (Col 3, 11), conservando las legítimas tradiciones (cf. 2 Tes 2, 15).

De hecho, no existe una contradicción intrínseca entre tradición y actualidad, entre lo nuevo y lo antiguo. Importa siempre «la renovación de la mente» para que sepamos «discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rom 12, 2), sin dejar de considerar los días remotos ni las edades pretéritas (cf. Dt 32, 7).

Ya en la Iglesia primitiva, el martirio se manifiesta como una «gracia nueva»: nunca se había visto a tantos entregar su propia vida con tal amor, por un ideal y por una Persona, Cristo. Más tarde, sobre las ruinas del Imperio romano, santos como Columbano y Benito de Nursia reedificaron la civilización occidental. Por inspiración de este último, floreció en el siglo x el monasterio de Cluny, fuente de un nuevo renacimiento medieval.

En el siglo XIII, apogeo de la escolástica y del recién formado estilo gótico, despuntaron santos como Tomás de Aquino y Buenaventura, con una nueva manera de hacer teología e incluso de predicar —el llamado *sermo modernus*—, que no se dirigía únicamente a los religiosos, sino a todo el pueblo de Dios.

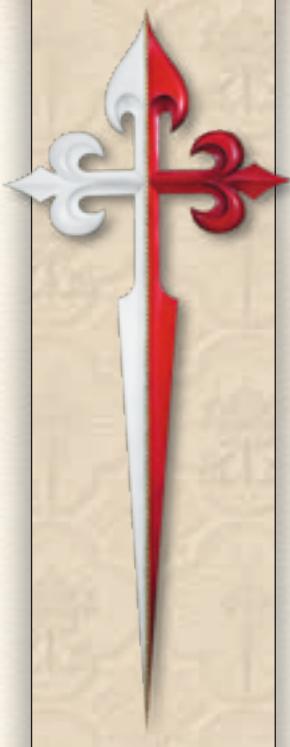
Más tarde, en medio de la Revolución protestante del siglo XVI, la Providencia no deja de restaurar su Iglesia con santos ilustres, como Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús y Felipe Neri. Y se podrían mencionar muchos ejemplos más.

Considerado esto, cabe preguntarse: ¿la Iglesia, entonces, siempre necesita modernizarse? Respondamos con Plinio Corrêa de Oliveira: «Si por “moderno” se entiende todo lo que es contemporáneo, sólo un estúpido puede condenar en bloque las cosas modernas sólo porque son modernas. Pero si por “moderno” entendemos las innumerables y triunfantes manifestaciones de cierto espíritu materialista, nivelador y pagano que ha llegado hoy a su paroxismo, entonces estamos en contra de todo lo que es moderno, en bloque y por principio» (*Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año IV. N.º 39 [mar, 1954]; p. 7).

Luego, ¿cómo proceder, ora ante la tentación farisaica, ora ante el canto de sirena modernista? Basta mencionar que ninguna solución surgirá de las ideologías de moda. «Si se observan fielmente los mandamientos de Dios, si se honran las cosas sagradas, si es frecuente el uso de los sacramentos, si se vive de acuerdo con las normas de vida cristiana, [...] ya no habrá que hacer ningún esfuerzo para que todo se instaure en Cristo» (SAN PÍO X. *E supremi*). Por lo tanto, la Iglesia será siempre nueva en la medida en que, paradójicamente, fuera siempre antigua. Después de todo, la experiencia pastoral no nos muestra otra cosa: esa armonía entre tradición y futuro es la que atrae a las ovejas del «pequeño rebaño» (Lc 12, 32) hacia su único y verdadero redil. ♦

Concierto promovido por los Heraldos del Evangelio en el Movistar Arena, Bogotá, el 1/5/2024

Foto: Jesse Arce / Ivano Gavilanes





Defensor e intérprete del carisma franciscano

San Buenaventura escrutó los misterios de la Revelación, en el diálogo fecundo entre fe y razón que caracteriza al Medioevo cristiano, haciendo de éste una época de gran viveza intelectual, de fe y de renovación eclesial.

IMAGEN FIEL DEL FUNDADOR

Hoy quiero hablar de San Buenaventura de Bagnoregio. [...] Nació probablemente en 1217 y murió en 1274; vivió en el siglo XIII, una época en la que la fe cristiana, que había penetrado profundamente en la cultura y en la sociedad de Europa, inspiró obras imperecederas en el campo de la literatura, de las artes visuales, de la filosofía y de la teología. [...]

Buenaventura quiso presentar el auténtico carisma de Francisco, su vida y su enseñanza. Por eso recogió con gran celo documentos relativos al *Poverello* y escuchó con atención los recuerdos de quienes habían conocido directamente a Francisco. Nació así una biografía del santo de Asís bien fundada históricamente, titulada *Legenda maior*, redactada también de forma más sucinta, y llamada por eso *Legenda minor*. [...]

En efecto, el capítulo general de los Frailes Menores de 1263, reunido en Pisa, reconoció en la biografía de San Buenaventura el retrato más fiel del fundador y se convirtió en la biografía oficial del santo.

¿Cuál es la imagen de San Francisco que brota del corazón y de la pluma de su hijo devoto y sucesor, San Bue-

naventura? El punto esencial: Francisco es un *alter Christus*, un hombre que buscó apasionadamente a Cristo. En el amor que impulsa a la imitación, se conformó totalmente a Él.

Fragmentos de:
BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 3/3/2010.

RESTAURADOR DEL ESPÍRITU FRANCISCANO

En tiempos de San Buenaventura una corriente de Frailes Menores, llamados «espirituales», sostenía en particular que con San Francisco se había inaugurado una fase totalmente nueva de la historia, en la que aparecería el «Evangelio eterno», del que habla el Apocalipsis, sustituyendo al Nuevo Testamento. Este grupo afirmaba que la Iglesia ya había agotado su papel histórico, y una comunidad carismática de hombres libres guiados interiormente por el Espíritu —es decir, los «Franciscanos espirituales»— pasaba a ocupar su lugar. Las ideas de este grupo se basaban en los escritos de un abad cisterciense, Joaquín de Fiore, fallecido en 1202. [...]

Grave tergiversación del mensaje de San Francisco

Por eso, es comprensible que un grupo de franciscanos creyera reconocer en San Francisco de Asís al iniciador del tiempo nuevo y en su orden a la comunidad del período nuevo: la comunidad del tiempo del Espíritu Santo, que dejaba atrás a la Iglesia jerárquica, para iniciar la nueva Iglesia del Espíritu, desvinculada ya de las viejas estructuras.

Por consiguiente, se corría el riesgo de una gravísima tergiversación del mensaje de San Francisco, de su humilde fidelidad al Evangelio y a la Iglesia, y ese equívoco llevaba una visión errónea del cristianismo en su conjunto. [...]

Como ministro general de la Orden de los Franciscanos, San Buenaventura vio en seguida que con la concepción espiritualista, inspirada en Joaquín de Fiore, la orden no era gobernable, sino que iba lógicamente hacia la anarquía. [...]

Jesucristo es la última palabra de Dios; en Él Dios ha dicho todo, donándose y diciéndose a sí mismo. [...] Así pues, no hay otro Evangelio más alto, no hay que esperar otra Iglesia. Por eso también la Orden de San Francisco



La teología de San Buenaventura se explica a partir del carisma franciscano: el Poverello de Asís mostró con su vida la primacía del amor

A la izquierda, San Buenaventura, de Fra Angélico - Museos Vaticanos; a la derecha, San Francisco de Asís, de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)



Tiago Kruger

debe insertarse en esta Iglesia, en su fe, en su ordenamiento jerárquico.

El verdadero progreso de la obra de Cristo

Esto no significa que la Iglesia sea inmóvil, que esté anclada en el pasado y no pueda haber novedad en ella. «*Opera Christi non deficiunt, sed proficiunt*», las obras de Cristo no retroceden, no desaparecen, sino que avanzan, dice el santo en la carta *De tribus quaestionibus*. Así formula explícitamente San Buenaventura la idea del progreso, y esta es una novedad respecto a los Padres de la Iglesia y a gran parte de sus contemporáneos. [...]

Ciertamente, la Orden Franciscana —subraya— pertenece a la Iglesia de Jesucristo, a la Iglesia Apostólica y no puede construirse en un espiritualismo utópico. Pero, al mismo tiempo, es válida la novedad de esa orden respecto al monaquismo clásico, y San Buenaventura [...] defendió esta novedad contra los ataques del clero secular de París: los franciscanos no tienen un monasterio fijo, pueden estar presentes en todas partes para anunciar el Evangelio. Precisamente la ruptura con la estabilidad, característica del monaquismo, en favor de

una nueva flexibilidad, restituyó a la Iglesia el dinamismo misionero. [...]

San Buenaventura nos enseña el conjunto del discernimiento necesario, incluso severo, del realismo sobrio y de la apertura a los nuevos carismas que Cristo da, en el Espíritu Santo, a su Iglesia. [...] De hecho, sabemos que después del Concilio Vaticano II algunos estaban convencidos de que todo era nuevo, de que había otra Iglesia, de que la Iglesia preconciliar había acabado e iba a surgir otra, totalmente «otra». ¡Un utopismo anárquico!

Fragments de:
BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 10/3/2010.

VIVEZA INTELECTUAL, FE Y RENOVACIÓN ECLESIAL

Se trata de un eminent teólogo, que merece ser puesto al lado de otro grandísimo pensador contemporáneo suyo, Santo Tomás de Aquino. Ambos escrutaron los misterios de la Revelación, valorizando los recursos de la razón humana, en el diálogo fecundo entre fe y razón que caracteriza al Medievo cristiano, haciendo de éste una época de gran viveza intelectual,

como también de fe y de renovación eclesial, aunque con frecuencia no se ha subrayado suficientemente.

Tienen en común otras analogías: tanto San Buenaventura, franciscano, como Santo Tomás, dominico, pertenecían a las órdenes mendicantes que, con su lozanía espiritual [...] en el siglo XIII renovaron toda la Iglesia y atrajeron a numerosos seguidores. [...]

Volvamos a San Buenaventura. Es evidente que el matiz específico de su teología [...] se explica a partir del carisma franciscano: el *Poverello* de Asís, más allá de los debates intelectuales de su tiempo, había mostrado con toda su vida la primacía del amor; era un ícono vivo y enamorado de Cristo, y así hizo presente, en su tiempo, la figura del Señor: convención a sus contemporáneos no con palabras, sino con su vida. En todas las obras de San Buenaventura, incluidas las obras científicas, de escuela, se ve y se encuentra esta inspiración franciscana; es decir, se nota que piensa partiendo del encuentro con el *Poverello* de Asís.

Fragments de:
BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 17/3/2010.



Reproducción

La predicación de Jesús en el mar de Galilea, de Jan Brueghel, el Viejo - Rijksmuseum, Ámsterdam. De fondo, el mar de Galilea (Israel)

EVANGELIO

En aquel tiempo,³⁰ los Apóstoles volvieron a reunirse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado.³¹ Él les dijo: «Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco». Porque eran tan-

tos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer.³² Se fueron en barca a solas a un lugar desierto.³³ Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por

tierra a aquél sitio y se les adelantaron.³⁴ Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas (Mc 6, 30-34).

Contratiempos para el bien

Mostrando preocupación por el recogimiento de sus discípulos después de su primera incursión apostólica, el Señor da una lección permanentemente válida para todos aquellos que desean dedicarse a la evangelización.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



I – ¿QUÉ ES MÁS IMPORTANTE: CONTEMPLAR O ACTUAR?

El comienzo de la vida pública del Señor fue un completo éxito apostólico. Su carisma taumatúrgico lo había proyectado ante el pueblo como el Profeta enviado por Yahvé, para curar enfermedades y expulsar demonios. En una época en que la medicina daba sus primeros pasos incierta y tímidamente, es fácil entender cómo alguien con los poderes de Jesús sería procurado por las multitudes.

San Marcos, en particular, subraya en repetidas ocasiones las ansias de la gente por buscarlo y el trabajo constante del Maestro y de sus discípulos en atenderlos a todos. En la perícopa que nos ocupa, el evangelista insiste una vez más en este aspecto cuando afirma: «Eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer».

Esta acción continua e intensa, aunque en extremo caritativa, es también agotadora, hasta el punto de que el Señor sugiere: «Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco». La soledad y el reposo constituyen dos factores necesarios para una buena contemplación. Las obras concretas impiden que el espíritu se eleve a la consideración de las verdades eternas y a la admiración de su belleza. Por eso el Redentor quiso proporcionarles a los Apóstoles una retirada al mismo tiempo real y psicológica de la muchedumbre, así como de los prodigios realizados por ellos en su misión. Hasta aquí parece fácil concluir que la vida contemplativa es superior a la activa.

Sin embargo, el desenlace del episodio narrado nos deja en la duda, porque ante el intento

frustrado de encontrar un lugar aislado y al verse rodeado por el pueblo, el Señor no huye de ese enjambre de personas sedientas de estar con Él y escucharlo. He aquí lo que relata San Marcos: «Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas». De donde se deduce lo contrario del enunciado anterior, es decir, que la vida activa es superior a la contemplativa.

¿Cómo resolver este callejón sin salida?

Tomando algunos principios de la teología de Santo Tomás de Aquino,¹ muy proclive a establecer la contemplación como pináculo de la vida espiritual en la Iglesia y, al mismo tiempo, a considerarla la fuente indispensable de la que proceden las buenas obras de apostolado, podemos intentar dilucidar la cuestión que nos plantea el Evangelio.

Y esto no es por dilettantismo intelectual, sino por el hecho de que nos encontramos en una época en la que se da más importancia a la acción pastoral que a la contemplación sobrenatural, subvirtiendo la jerarquía de valores. En consecuencia, se intenta favorecer al hombre, sin tener en cuenta la gloria de Dios y la obediencia a Él debida, de suerte que se multiplican iniciativas apostólicas cada vez más vacías del espíritu del Santo Evangelio, cuya finalidad parece ser la de adecuar las enseñanzas de la Iglesia a las máximas neopaganas del mundo. Tal decadencia sólo es posible cuando se deja de lado la contemplación embebida de la verdad y se empieza a actuar por intereses personales egoístas.

Podemos entender la contemplación como pináculo de la vida espiritual y, al mismo tiempo, fuente indispensable de las buenas obras de apostolado

II – ARMONÍA EVANGÉLICA ENTRE EL APOSTOLADO Y EL RECOGIMIENTO

En la naturaleza humana corrompida por el pecado original, la tendencia congénita de la criatura de apegarse a los bienes materiales y del espíritu, incluso los que no le pertenecen, se ha visto aumentada hasta un grado difícil de calcular. Los dones sobrenaturales son una dádiva del Padre de las luces; no obstante, para quien es premiado con ellos, la tentación de apropiación se vuelve enorme.

Por eso el Señor, el Maestro más sabio en vida interior, quiso brindarles a los Apóstoles una ocasión propicia para reflexionar, ante Dios, sobre todo lo que habían realizado, no por sus propias fuerzas, sino por el poder que Él les había delegado. Así, considerarían el origen divino de sus dichos y acciones, fortaleciendo en ellos la virtud de la modestia, mediante la cual se tiene la convicción de la insuficiencia humana para las obras espirituales y se confía únicamente en el poder divino, atribuyéndole el mérito a quien le corresponde, como reza el salmo: «*Non nobis, Domine, non nobis* —No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria» (113, 9).

Los peligros del éxito

En aquel tiempo,³⁰ los Apóstoles volvieron a reunirse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado.

Los Apóstoles acaban de regresar de su primera incursión apostólica. Habían sido enviados por Jesús, que les había concedido participación en su poder de enseñar y sanar. Expulsaron demonios, curaron toda clase de enfermedades, profetizaron el advenimiento del Reino de Dios; en suma, lograron un éxito espectacular que los deslumbraba.

Aunque el texto del Evangelio no aclara este aspecto, cabe pensar que el éxito alcanzado en la misión apostólica despertara en el espíritu de los Apóstoles una euforia algo discrepante del Corazón de Jesús, a la manera de un optimismo humano que les hacía presagiar un camino de rosas, una marcha triunfal sin dificultades ni tropiezos, probablemente rumbo hacia la toma del poder temporal en Israel, liberando al pueblo elegido del yugo romano.

No sería ése el camino del Redentor. Tras las clarinadas del éxito vendrían días dramáticos que culminarían en el Gólgota, el mayor fracaso de la historia según las apariencias humanas. Esta disonancia entre los discípulos y el Señor quedará evidente cuando Él anuncie su Pasión y Muerte,

pues tendrán miedo y tedio ante tal perspectiva, hasta el punto de que ni siquiera le preguntaron sobre lo que les estaba revelando, aunque no entendieran a qué se refería cuando, después de estos dolorosos acontecimientos, mencionó también su Resurrección.

Necesidad de un ambiente propicio a la reflexión

^{31a} Él les dijo: «Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco».

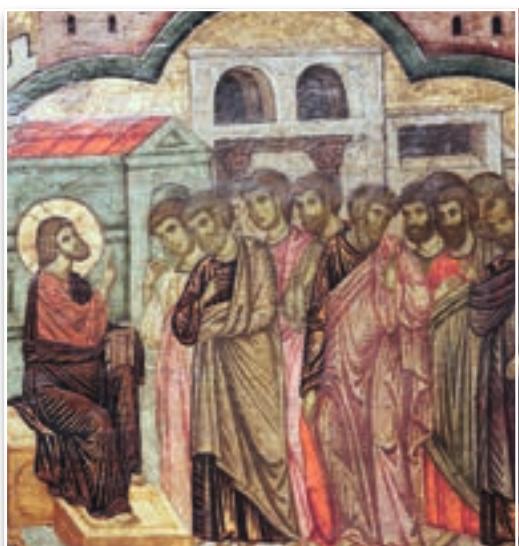
Constatada esa desviación, el Señor no les increpa a los suyos. En el corazón de los Apóstoles la cizaña se mezclaba con el trigo: por una parte, existía la fe, incipiente aún, en la divinidad de Jesús; por otra, la errónea concepción de un Mesías victorioso que sería aceptado por todos, como lo habían sido David y Salomón.

Por eso, con divina pedagogía, el Salvador les propone retirarse a un lugar desierto y descansar un poco. Lejos del ruido de la multitud, estarían predisuestos a escuchar al divino Maestro, que sabría trabajar sus almas y colocarlas en el diapason adecuado.

La siempre reiterada «herejía de las obras»

^{31b} Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer.

El éxito genera un movimiento frenético, como bien lo describe San Marcos. Acentua-



Francisco Leceras

Cristo enseñando a los Apóstoles - Museo Diocesano, Palma de Mallorca (España)

da tras la caída de nuestros primeros padres, la tendencia humana es la de no perder una oportunidad para sacar algún provecho personal. Y he aquí que la muchedumbre va y viene, sin sosiego, a fin de obtener ventajas para su salud corporal o, en el caso de las posesiones, para la espiritual.

Este cuadro nos sitúa ante una evidencia, comprobada innumerables veces a lo largo de los siglos: uno de los riesgos del éxito apostólico consiste en la «herejía de las obras», así llamada por Dom Jean-Baptiste Chautard, abad del monasterio cisterciense de Sept-Fonts, en su inmortal libro *El alma de todo apostolado*. Movido por una caridad imperfecta, el apóstol se lanza a la actividad y, obteniendo prometedores frutos, en ella se enfrasca sin darle a su espíritu el recogimiento necesario para reconfortarse y devolverle a Dios lo que le pertenece. El efecto de esta actitud es el agotamiento, porque, una vez fatigadas las potencias superiores del alma por el ímpetu de las pasiones, las malas tendencias espirituales, como el orgullo, se desarrollan en silencio, ganando un peligroso espacio en el corazón.

Comienza entonces un peligroso deterioro espiritual, que puede llegar al punto de sustituir la intención inicial del apóstol, animada por la caridad, por un vil interés egoísta, incitado por la presunción. La agitación es el caldo de cultivo ideal para que se dinamice el vicio de la apropiación, mediante el cual las obras de Dios pasan a ser consideradas por el apóstol como suyas, con la pretensión de bastarse por sí solo para realizarlas. Se inicia un proceso de decadencia que podría terminar en la apostasía de la fe, si no es atajado por una gracia fulminante en la línea de la humildad.

De ahí la necesidad de velar por el descanso del espíritu distanciándose de los acontecimientos y entregándose a la meditación y a la oración, como medios para fortalecer las potencias superiores con el auxilio de la gracia, al alcance de todo hombre que la busque con sinceridad.

En el silencio se siente la presencia de Dios, que nos reconforta y nos da la certeza de su omnipotencia y de su misericordia. Ante Él, nuestro espíritu se pone en su lugar, humillándose con confianza filial, para que el Señor, en el momento oportuno, lo exalte.

Aislados en medio de las aguas, el verdadero descanso

³² Se fueron en barca a solas a un lugar desierto.

El Señor era Dios y sabía muy bien lo que encontraría en la orilla opuesta, como será narrado más adelante. Por lo tanto, debió de haber aprovechado el trayecto para beneficiar a sus discípulos mediante su presencia resplandeciente y bondadosa, así como a través de su palabra divina. El hecho de hallarse rodeados de agua por todas partes los concentraba en aquella figura humano-divina que tanto los fascinaba en sus múltiples resplandores. Contemplar allí a Jesús, tener ese gesto de benevolencia para con ellos, probablemente los llenó de afecto, elevándolos a panoramas más grandiosos.

El ruido de la acción, la impresión de los milagros realizados, la agitación de la multitud suplicante, todo quedó atrás. En el recogimiento de la barca, al suave murmullo de las aguas singlada por ella, se encontraba el verdadero descanso, que consistía en estar cerca del Señor, mirarlo y quererlo bien. Ésta debió de haber sido la travesía más bendecida del lago de Genesaret, inolvidable para los Apóstoles.

El amor mueve

³³ Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron.

Al darse cuenta del rumbo de la barca, la muchedumbre salió apresuradamente e iba aumentando por todos los pueblos que atravesaba, a fin de encontrar a aquel Maestro prodigioso. En este episodio se demuestra lo acertado del principio teológico de que el amor mueve las demás potencias hacia su fin. Y cuanto más deseable se presenta éste, mayor es la intensidad con la que nos vemos impulsados a alcanzarlo. Aunque poseían un amor manchado de egoísmo, aquellas personas eran movidas en gran medida por un auténtico afecto hacia el Señor. La compasión que el Buen Pastor sentirá por ellas lo indica claramente.

También nosotros necesitamos amar ordenadamente a Dios y al prójimo, para dejarnos guiar por la santa prisa de la caridad. Si reflexionáramos sobre nuestra vida y, ante la perspectiva de la eternidad, resolvíramos buscar el rostro del Señor obedeciendo sus mandamientos y permaneciendo en su amor, entonces seríamos capaces de correr en las vías de la santificación sin riesgos de apropiación espiritual y mundanismo. Cuántos, sin embargo, engañados por los placeres del mundo, se precipitan hacia el abismo de la condenación eterna.

*La agitación
es el caldo de
cultivo ideal
para que se
dynamice el
vicio de la
apropiación,
mediante
el cual las
obras de Dios
pasan a ser
consideradas
por el apóstol
como suyas*

*La clave del
verdadero
éxito está en la
santificación
del apóstol, y
la mayor obra
de caridad
consiste en
transmitir
a los demás
lo que se ha
contemplado
en los
momentos de
aislamiento
y oración*

San Agustín afirma: «*Pondus meum, amor meus*»,² el amor es el peso que nos inclina hacia determinados bienes. Es necesario, a semejanza de la multitud entusiasta, elegir al divino Maestro como centro de nuestros amores, concentrando en Él todo nuestro afecto y, por tanto, no amando a nada ni a nadie excepto a Él.

Divina compasión ante la muchedumbre

^{34a} Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor;...

El período de recogimiento fue breve, es cierto, pero intenso y eficaz. Los Apóstoles, en consonancia con el Señor, aceptarían con flexibilidad un cambio de planes. Ante la multitud tomada por la gracia y sedienta de la verdad, Jesús tiene compasión, porque la ve «como ovejas que no tienen pastor». ¿No era Él el Buen Pastor esperado, anunciado por Ezequiel (cf. Ez 34, 11-31), que guiaría al rebaño de Israel hacia pastos abundantes y fuentes de agua viva?

La contemplación de los destellos divinos que trasciendían en la humanidad santísima de Cristo había elevado el corazón de sus discípulos, colocándolos en una clave sobrenatural. Ya no se sentía el peso del amor propio ni el de otras pasiones, tal era la eficacia de la presencia de Jesús entre ellos en el aislamiento de la barca. Por lo tanto, lejos de rebelarse, se disponen dócilmente a secundar la voluntad del Salvador, que consideraban inerrante y absoluta. Era necesario que Él atendiera a aquella muchedumbre.

La más sublime forma de caridad

^{34b} ... y se puso a enseñarles muchas cosas.

Inicialmente, la multitud se mostraba eufórica, yendo y viniendo para obtener gracias, hacer peticiones, ver o tocar al Maestro. Ahora, después del período de recogimiento de los discípulos en compañía de Jesús en la barca, la gente afluye en otro estado de espíritu. Se abre a escuchar lo que Él tiene que enseñarle.

Alguien podría considerar imprudente interrumpir una obra de apostolado en el auge de su éxito. Sin embargo, el ejemplo que nos da el Evangelio es bien diferente. La clave del verdadero éxito, que consiste en la conversión de las almas, está en la santificación del apóstol. Nadie da lo que no tiene. Sólo un corazón rebosante de

gracia, como siempre lo fue el de María Santísima, puede convertirse en un instrumento válido en manos de Dios para la evangelización.

Bendito recogimiento de los Apóstoles que, permitiéndoles sorber las gracias que el divino Maestro había derramado, favoreció la conversión de la muchedumbre. Por el mero hecho de haberse retirado, la gracia lograba trabajar aquellas almas, volviéndolas ávidas de las palabras del Señor.

Por otra parte, hay que reconocer que la mayor obra de caridad consiste en transmitir a los demás lo que se ha contemplado en los momentos de aislamiento y oración; «*contemplata aliis tradere*»,³ como sentenció el Doctor Angélico. El Señor les decía muchas palabras, impregnadas de bendiciones celestiales. Eran un auténtico rocío divino, capaz de fertilizar la tierra árida, transformándola en un exuberante jardín.

III – LA VERDADERA CONCEPCIÓN DE APOSTOLADO

Durante la peregrinación terrena de aquellos que tienen fe, los contratiempos contribuyen siempre al bien, como afirma San Pablo perentoriamente: «A los que aman a Dios todo les sirve para el bien» (Rom 8, 28). Considerado desde este prisma, el episodio de la vida pública de Jesús narrado en el Evangelio de hoy saca a la luz verdades de crucial importancia para quien se dedica al apostolado, ya sea en el ministerio sacerdotal, en la vida consagrada, en el ámbito laical o familiar.

Ante todo, es necesario devolverle a la contemplación su lugar prominente e indispensable en la vida espiritual. En efecto, el auge de la perfección consiste en la contemplación de Dios, entendida como la consideración absorta y amorosa de las realidades sobrenaturales. Hay que amarlo con toda inteligencia, toda voluntad y toda intensidad, y al prójimo por amor a Él. Quien no pone en el pináculo de sus afectos la caridad para con nuestro Salvador, tiene su corazón en desorden y está inhabilitado para buscar el bien de los demás.

El desastre de las obras de apostolado despojadas de vida interior

Por consiguiente, emprender una obra apostólica de forma insensata, sin dejarles sitio a la oración, a la meditación y a la reflexión, es un suicidio espiritual, que termina siempre en la ruina del apóstol y de su apostolado, no pocas veces con el escándalo de quienes antes se quería con-

quistar para Cristo. Para preservar el verdadero amor a Dios y hacerlo crecer continuamente es indispensable cultivar períodos de recogimiento, aislamiento y contemplación.

De esta manera, las obras de apostolado quedarán impregnadas de bendiciones, como un altar ungido con bálsamo aromático. Serán capaces, por tanto, de atraer a las almas y elevarlas, como los discípulos que, por una misteriosa influencia ejercida en el ámbito de la comunión de los santos, huyendo de la multitud y recogiéndose en torno a Jesús, contribuyeron al progreso espiritual de aquellas personas, las cuales enseguida se acercaron bien dispuestas para escuchar las enseñanzas que salían de los labios del Señor.

Las obras realizadas por sí mismas, de manera frenética y sin un afán sobrenatural, acaban provocando desgaste, desviación y desastre. Cegado por la agitación, el apóstol tiende a apropiarse de aquello que hace, como si fuera una realización personal y no una empresa de Dios. A partir de ahí, crea doctrinas para justificar tal desvío, llegando a vaciar de contenido espiritual las iniciativas pastorales, que adquieren un significado humanitario, filantrópico o incluso socialista, desprovisto de cualquier matiz de catolicidad. Entonces, nacen las «herejías de las obras», abundantes en nuestros tiempos. Esta situación sólo puede acabar en un completo desastre: el alma del falso apóstol y la de quienes lo siguen se pierden.

Sigamos el ejemplo de la contemplativa más sublime

Animados por las enseñanzas del divino Maestro y por el ejemplo de los Apóstoles que se dejaron guiar por Él, pongamos la contemplación afectuosa de la persona del Señor por encima de cualquier otro interés y entonces seremos capaces de darle a nuestro prójimo el pan de las verdades contempladas y del buen ejemplo, más valioso que cualquier obra de caridad material.

La contemplación no excluye la acción; al contrario, la estimula. Al ver a la muchedumbre necesitada, Jesús volvió a la acción, pero en una clave más elevada, habiendo purificado la intención de los Apóstoles. Así, el período de recogimiento en la barca, aunque interrumpido antes de lo previsto, sirvió para dignificar la obra evangelizadora de sus discípulos.

El alma contemplativa por excelencia fue la de la Santísima Virgen. El Evangelio nos transmite pocas palabras salidas de sus labios virginales,



Francisco Lecaros

La Virgen con el Niño Jesús, de Bernardino di Betto - Museo de Bellas Artes, Valencia (España)

pero su bondad y presencia materna ocupan un lugar insustituible en la Santa Iglesia. ¿Por qué? Porque Ella, la nueva Eva, Corredentora de la humanidad junto al Redentor, llevó su contemplación amorosa al más sublime holocausto, inmoloando místicamente, en el altar de su Inmaculado Corazón, a su divino Hijo que sufría en la cruz. Por esta obra de caridad inmensa, que no habría existido si Ella no hubiera sido una perfecta contemplativa, somos a título especialísimo sus hijos en el orden espiritual.

Imitemos a María, que conservaba en su alma con cuidado extremo y celo ardiente todos los dichos y obras de Jesús. Esta actitud la hizo capaz del mayor acto de heroísmo realizado por una madre en la historia. Gracias a su contemplación, Ella se elevó a las alturas divinas, donde sorbió las fuerzas para amarnos hasta la cuna. Sigamos su ejemplo: contemplemos y sólo después actuemos, llevando nuestro apostolado hasta el extremo de dar la vida por los demás. Nadie ha hecho jamás un apostolado tan eficaz como éste. ♦

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 182; 188.

² SAN AGUSTÍN. *Confessionum*. L. XIII, c. 9, n.º 10.

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 188, a. 6.

*Imitemos
a María
Santísima, la
contemplativa
más sublime,
que conservaba
en su corazón
con cuidado
extremo y celo
ardiente todos
los dichos y
obras de Jesús*

Heraldo del amor seráfico

¿Qué vale más: conocer o amar? Dos imponentes figuras que acogen a los peregrinos en la plaza de San Pedro del Vaticano tienen algo que decirnos.

✉ Plinio Bosco



Noche de verano en la Ciudad Eterna. Mientras todos duermen, un peregrino se acerca paso a paso a la entrada de la grandiosa plaza de San Pedro. En la quietud, las dos columnatas, que simbolizan los brazos abiertos de la Madre Iglesia,¹ parecen más acogedoras que nunca... De repente, el silencio es interrumpido. Se oyen dos voces, graves y amables. Una dice: «¿Acaso alguien puede amar lo que no conoce?». La otra responde: «*Ama ut intelligas!* —¡Ama y lo entenderás!».

¿Quiénes son los que hablan así?

Dos bellísimos vidrios de un mismo vitral

A la entrada del Vaticano, las balaustradas de las dos colosales columnatas dóricas están coronadas con imágenes de ciento cuarenta santos que han marcado la historia de la Iglesia. Las dos que cierran esta magnífica procesión de bienvenida son: Santo Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, y San Buenaventura, el Doctor Seráfico. Eran contemporáneos, amigos que estudiaron en la misma época en la Universidad de París y frailes de dos órdenes mendicantes fundadas en el mismo siglo: los dominicos y los franciscanos.

La Iglesia, que todo lo lleva a cabo con perfección, quiso significar con ello que los dos doctores —uno que representa la cabeza pensante de la Iglesia y el otro, su corazón amoroso— se completan y juntos forman la base de la sabiduría que sostiene el edificio de la teología católica.

Como explicó el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, cada alma «posee una individualidad por la cual tiende a entender mejor ciertas perfecciones de Dios», y esta excelencia «es objeto del amor especialmente tierno, ardiente e intenso del hombre».² Así pues, cada santo constituye como un fragmento de vidrio iluminado por una determinada perfección de Dios, mientras que el conjunto de todos ellos forma el vitral de las excelencias divinas, completando así el «Cristo total» —según la conocida expresión de San Agustín—, como miembros de un solo Cuerpo Místico.

Considerados desde esta perspectiva, Santo Tomás y San Buenaventura contemplaban al mismo Dios, pero desde prismas diferentes. Mientras el Doctor Angélico miraba al Creador como la Suprema Verdad cuyo conocimiento florece en el amor, el Doctor Seráfico lo consideraba como el Sumo Bien que provoca nuestro

amor. Para el dominico, el amor no es más que una consecuencia del conocimiento y, por tanto, el corazón es impulsado por la mente; para el franciscano, el conocimiento está al servicio del amor.³

El amor que ve

Pero si nadie puede amar lo que no conoce, ¿cómo puede el conocimiento estar subyugado al amor?

A esta pregunta, respondería el Doctor Seráfico: cuando se trata de realidades que provocan amor, el acto cognoscitivo nace de una exigencia del amor y, a su manera, es una forma de amor. Aprehender un principio científico difiere de conocer a la persona que se ama.⁴ En este último caso, el conocimiento resulta más profundo cuanto mayor sea el amor, porque el que ama *quiere* conocer a aquél a quien ama.

Tal afirmación no niega en modo alguno el valor de la razón. Hay ciertas cumbres en el conocimiento que el intelecto nunca tendrá el valor de escalar si no es movido por el amor. Por eso los franciscanos, siguiendo el ejemplo de su fundador, San Francisco de Asís, y de su gran doctor, San Buenaventura, pueden adaptar el famoso dicho de San Anselmo

—*credo ut intelligam*⁵— y decir: *amo ut intelligam* —amo para entender.

Resumiendo, podemos considerar a Santo Tomás como la inteligencia que ama y a San Buenaventura como el amor que ve.

Incluso el fin último del hombre es considerado por los dos doctores desde prismas diferentes. Para Santo Tomás, la meta suprema para la cual hemos sido creados es ver a Dios y, en esa visión, hallamos la felicidad perfecta. Para San Buenaventura, el destino último del hombre es amar a Dios, unir su amor al nuestro.⁶

Para el Doctor Seráfico, por tanto, el hombre es un ser destinado a dar una respuesta de amor a Dios en nombre del universo entero.⁷ Esta idea tiene profundas consecuencias para toda su filosofía. Las conclusiones que saca de ella para la metafísica, la antropología y la ética escapan al tema central de este artículo. Sin embargo, al menos podemos intentar vislumbrar algo sobre el método que utiliza.

La ejemplaridad y la analogía

Para facilitar su comprensión, recurramos al inspirado pincel de Rafael Sanzio, en su célebre obra *La escuela de Atenas*, que nos invita a reflexionar sobre el pensamiento humano. En ella, las figuras de Platón y Aristóteles aparecen de forma destacada entre los grandes maestros de la filosofía griega. Platón, con la mano derecha levantada, señala con el dedo el mundo de arriba, mientras Aristóteles mira a su maestro con la mano extendida hacia las cosas visibles.

Estas dos actitudes representan dos escuelas de pensamiento que, sobrenaturalizadas, son como las

dos alas con las que el hombre vuela para contemplar a Dios y su obra: la visión ejemplarista y la visión analógica. Mientras que la primera, representado en el cuadro por Aristóteles, pretende explicar las realidades de arriba a partir de la consideración de las terrenas, la segunda, con Platón como modelo, pretende justificar las realidades terrenas con las de arriba.

Aunque ambas escuelas no sean excluyentes —aparte de ser características de la síntesis escolástica las



Reproducción

La visión ejemplarista y la visión analógica son escuelas de pensamiento que, sobrenaturalizadas, constituyen las dos alas con las que el hombre vuela para contemplar a Dios

Detalle de «La escuela de Atenas», de Rafael Sanzio - Museos Vaticanos. En la página anterior, vista de las columnatas de la plaza de San Pedro, Vaticano

dos—, Santo Tomás se centra más en la visión analógica y San Buenaventura, en la ejemplarista.

Para entender la visión propia al Doctor Seráfico, invitamos al lector a una reflexión,⁸ comenzando, según su costumbre, *in principio primum principium*: «En el principio invoco al primer Principio, de quien descinden todas las iluminaciones como del Padre de las luces, de quien viene toda dándiva preciosa y todo don perfecto, es decir, al Padre eterno».⁹

Fuente y medida de toda ciencia humana

Imaginemos a un artista que empieza su obra maestra. Primero concebe mentalmente la escena que desea pintar. Del mismo modo, el modelo de la obra de arte de la creación está en el «cuadro mental» de Dios Padre. Pero éste no es otro que su Hijo eterno, porque el Padre, mediante el conocimiento que tiene de sí mismo, engendra al Verbo, que es su imagen perfecta, en la que Él se expresa a sí mismo plenamente.¹⁰

Así como en la imagen mental concebida por el artista está el cuadro que va a pintar, así también todo lo creado —y todo lo que podría haber sido creado, pero no lo fue— existe en ese conocimiento que el Padre tiene de sí mismo, que es el Verbo, su *Arte eterno* conforme la bellísima expresión de San Buenaventura,¹¹ como los ejemplares según los cuales Dios modeló la creación. Es ese Verbo divino el que se hizo carne y habitó entre nosotros (cf. Jn 1, 14). Por eso el Doctor Seráfico¹² considera a Cristo como la fuente y la medida de toda ciencia humana.

En las últimas conferencias pronunciadas en la Universidad de París, expresa el fundamento de su pensamiento al respecto: «Nuestro propósito es mostrar que en Cristo “están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios” (Col 2, 3)».¹³ Nadie puede pretender conocer nada de lo que ha sido creado si no comienza por aquél por quien todo fue hecho (cf. Jn 1, 3): «Si alguno quiere venir a la sabiduría cristiana, de Él ha de empezar».¹⁴

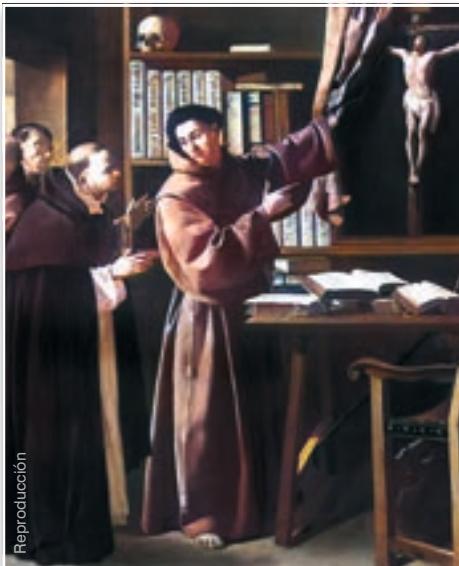
La propia consideración de las criaturas, para San Buenaventura, no

puede hacerse sin ese fondo de cuadro. Contempla el universo como un libro en el que cada criatura es una palabra que nos habla de Dios, como copias de los arquetipos contenidos en el *Arte eterno*, y por tanto sólo puede entenderse en su conjunto. Mientras el filósofo pagano se deja encantar por la belleza de las criaturas, el filósofo cristiano las considera como signos que señalan hacia la mano creadora de Dios.¹⁵

Así pues, según el santo, la verdadera filosofía no puede comenzar sin Cristo, que es su objeto, ni puede terminar sin Él, porque es su fin. Aunque consciente de la distinción, no concibe la posibilidad de una filosofía separada de la teología. Y los grandes maestros de la teología y de todas las ciencias humanas son Cristo, nuestro Señor,¹⁶ y María, la Madre de Dios.¹⁷

Santo Tomás adoptó el camino inverso de la demostración filosófica, partiendo de la observación de las realidades visibles. Con este objetivo, asimiló la filosofía de Aristóteles y logró explicar con gran éxito las tesis de la Revelación cristiana apoyándose en esta base racional. San Buenaventura, sin embargo, no aprobó este método y, una vez, le dijo a su amigo dominico que éste diluía el vino puro del Evangelio con el agua de la filosofía pagana. El Doctor Angélico le contestó que, en realidad, estaba transformando el agua en vino.

A su vez, cuentan que, en una visita a San Buenaventura, Santo Tomás le preguntó qué libro consultaba para producir tales maravillas de pensamiento. El humilde fraile franciscano señaló un crucifijo.¹⁸



Reproducción

Mientras que la teología de Santo Tomás pretende mostrar las tesis de la Revelación a la luz de la razón, la de San Buenaventura parte de la contemplación de Cristo para entender las realidades visibles

«San Buenaventura revela el crucifijo a Santo Tomás de Aquino», de Francisco de Zurbarán

El principio de los místicos

En el cuarto día de la creación «hizo Dios dos lumbres grandes» (Gén 1, 16) para presidir el día y la noche. Así también, en el siglo XIII iluminó el día de la razón y la noche de la contemplación con dos grandes luminares, cuyos fulgores atravesaron la historia y esclarecen la teología católica hasta nuestros días.

Mientras que la teología de Santo Tomás pretende mostrar la demostrabilidad de las tesis de la Revelación a la luz de la razón, San Buenaventura es más osado en sus pretensiones. Dejemos que el seráfico doctor explique su programa al inicio de su obra maestra, el *Itinerario de la mente hacia Dios*:

«Por eso, primeramente, invito al lector al gemido de la oración por medio de Cristo crucificado, cuya sangre nos lava las manchas de los pecados, no sea que piense que le basta la lección sin la unción, la especulación sin la devoción, la investigación sin la admiración, la circunspección sin la exultación, la industria sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia, el espejo sin la sabiduría divinamente inspirada».¹⁹

A su vez, concluye el escrito con estas fogosas palabras:

«Y si tratas de averiguar cómo sean estas cosas, pregúntalo a la gracia, pero no a la doctrina; al deseo, pero no al entendimiento; al gemido de la oración, pero no al estudio de la lección; al esposo, pero no al maestro; a la tiniebla, pero no a la claridad; a Dios, pero no al hombre; no a la luz, sino al fuego, que inflama totalmente y traslada a Dios con excesivas unciones y ardentes afec- tos. Fuego que ciertamente, es Dios, y fuego cuyo horno está en Jerusalén,

¹ La expresión es de Gian Lorenzo Bernini, el arquitecto que diseñó la plaza de San Pedro (cf. LAVIN, Irving. Bernini at St. Peter's: *Singularis in Singulis, in Omnibus Unicus*. In: TRONZO, William [Ed.]. *St. Peter's in the Vatican*. New York: Cambridge University Press, 2005, p. 151).

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Charla*. São Paulo, 15/11/1957.

³ Cf. BETTONI, OFM, Efrem. *Nothing for Your Journey*. Chicago: Franciscan Herald, 1959, p. 24.

⁴ Cf. Ídem, ibidem.

⁵ SAN ANSELMO DE CANTERBURY. *Proslogion*, c. I.

⁶ Cf. BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 17/3/2010.

⁷ Cf. BETTONI, op. cit., p. 53.

⁸ Para esta reflexión, nos hemos basado en: GILSON, Étienne. *La filosofía de San Buenaventura*. Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1948, pp. 147-151.

⁹ SAN BUENAVENTURA. «*Itinerario de la mente hacia Dios*», Prólogo, n.º 1. In:

Obras. Madrid, BAC, 1944, t. I, p. 557.

¹⁰ Cf. SAN BUENAVENTURA. *I Sent.*, d. 27, pars II, art. unicu, q. 3, resp.

¹¹ Cf. SAN BUENAVENTURA. *In Hexaemeron*, col. I, n.º 13.

¹² Cf. Ídem, n.º 11.

¹³ Ídem, ibidem.

¹⁴ Ídem, n.º 10.



**Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura
«se complementan como las dos partes
de una ojiva», las cuales sostienen la
catedral de la sabiduría cristiana**

A izquierda y derecha, respectivamente, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino - Catedral de Sevilla (España); de fondo, el interior de la catedral de Notre Dame, París



Fotos: Francisco Lecaros

y que lo encendió Cristo con el fervor de su ardentísima Pasión».²⁰

La teología de San Buenaventura no está separada de la contemplación y, por consiguiente, pocos tienen el valor de seguir los pasos del *príncipe de los místicos*, en la feliz afirmación de León XIII.²¹ En efecto, el Doctor Seráfico recuerda, citando al profeta Daniel (cf. Dn 9, 23), que nadie puede de entrar en este camino sin ser un «*vir desideriorum*» —un varón de deseos.²²

Hermanos gemelos en Cristo

Pese a una aparente contradicción, Santo Tomás y San Buenaventura contribuyeron juntos a elaborar la síntesis perfecta entre razón y fe que es la gloria de la escolástica medieval. Si el amor a la doctrina de la fe los unía, no impedía que ambos discreparan en sus métodos para contemplar la verdad. Las discusiones entre

ellos, no obstante, concluyeron a causa de un hecho singular.

Una vez Santo Tomás visitó a San Buenaventura para tratar algunos puntos de doctrina. Al llegar, encontró al fraile franciscano en éxtasis ante el Crucificado. La sangre fluía del costado del Señor hacia la boca de San Buenaventura, que la bebía. Desde entonces, el Angélico nunca volvió a discutir con su amigo, no porque estuvieran de acuerdo, sino por respeto a Cristo.²³

Ambos tenían una misión profética en la historia de la Iglesia: sentar las bases teológicas y filosóficas de la doctrina católica, para que ésta atravesara todas las procelas hasta el fin del mundo. Todavía hoy, las filosofías modernas y ateas, incluso antes de nacer, encuentran su refutación ya escrita por las sabias plumas de estos dos grandes doctores de la escolástica medieval.

Al fin de cuentas, tal era la unión entre ellos que Dios los llevó a sí en el mismo año 1274. De manera que en este 2024 celebramos setecientos cincuenta años de su entrada en la eternidad.

En la bula de la proclamación de San Buenaventura como doctor de la Iglesia universal, el papa Sixto V declaró que él y Santo Tomás son como «los dos olivos y los dos candeleros que están ante el Señor» (Ap 11, 4), que juntos «iluminan toda la Iglesia» como «hermanos gemelos en Cristo».²⁴ Y Gilson escribe que «la filosofía de Santo Tomás y la de San Buenaventura se completan como las dos interpretaciones más universales del cristianismo, y porque se completan precisamente no pueden ni excluirse ni coincidir».²⁵ De hecho, como observa el Dr. Plinio, los dos «se complementan como las dos partes de una ojiva»,²⁶ las cuales sostienen la catedral de la sabiduría cristiana. ♦

¹⁵ Cf. GILSON, op. cit., pp. 208-211.

¹⁶ Cf. SAN BUENAVENTURA. «Cristo, Maestro único de todos». In: *Obras*, op. cit., pp. 672-701.

¹⁷ Cf. GOFF, J. Isaac. «*Mulier Amicta Sole*: Bonaventure's Preaching on the Marian Mode of the Incarnation and Marian Mediation in His Ser-

mons on the Annunciation». In: MCMICHAEL, Steven J.; SHELBY, Katherine Wrisley (Eds.). *Medieval Franciscan Approaches to the Virgin Mary*. Leiden-Boston: Brill, 2019, p. 55.

¹⁸ Cf. COSTELLOE, OFM, Laurence. *Saint Bonaventure*. London: Longmans, Green and Co., 1911, p. 93.

¹⁹ SAN BUENAVENTURA. *Itinerario de la mente hacia Dios*, Prólogo, n.º 4, op. cit., pp. 559; 561.

²⁰ Idem, c. VII, n.º 6, p. 633.

²¹ Cf. LEÓN XIII. *Alocución*, 11/10/1890.

²² SAN BUENAVENTURA. *Itinerario de la mente hacia Dios*, Prólogo, n.º 3, op. cit., p. 559.

²³ Cf. D'ALBI, OFM Cap, Jules. *Saint Bonaventure et les luttes doctrinales de 1267-1277*. Tainmes-Paris: Duculot-Roulin; A. Giraudon, 1923, p. 10.

²⁴ SIXTO V. *Triumphantis Hierusalem*.

²⁵ GILSON, op. cit., p. 470.

²⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 4/8/1990.



La Iglesia, maestra de la civilización

En el siglo III de nuestra era, Roma afrontaba una terrible decadencia hacia su inevitable crepúsculo. ¿Desaparecería finalmente esa civilización?

» **Marco Antonio Coelho Rosseto**



Fspero que a los actores de la discusión que presencie el otro día no se molesten si la describo a continuación tal y como la oí.

En un rincón de una sala de espera, leyendo en silencio, un sacerdote de sotana. A dos asientos de su lado, espantarrado en el sillón, un joven universitario con aires de erudito, a pesar de su actitud relajada. Sugerente contraste para un ensueño al que me entregué sin remordimientos..., pero no sin interrupciones. En poco tiempo, iniciada por el joven, se entabla una conversación entre los dos antagonistas. El volumen se fue intensificando hasta superar mi discreción. Empecé a escuchar.

—Ya lo he dicho y vuelvo a repetir —reiteró el estudiante, blandiendo un dedo en ristre— que la Iglesia es y ha sido la enorme traba de la ciencia y del progreso. ¿Quiere una prueba?

—Le agradecería que me diera al menos una —contestó tranquilamente el sacerdote.

—¡Dios! ¿Qué me dice usted del incomprendido Copérnico o de la hoguera de Galileo? ¿Es verdad o no —prosiguió el joven, más exaltado— que la Iglesia les impidió desarrollar sus innovadoras teorías?

—¿Qué le digo de esos casos? Que Copérnico era un sacerdote dominico

muy favorecido por el papa Pablo IV y que la hoguera de Galileo es tan falsa como auténtica fue la amistad de Urbano VIII, y la de tantos otros cardenales y eclesiásticos, para con el astrónomo...

—Ya. Y en aquella época oscura como lo era la Edad Media —volvió a la carga el joven—, ¿quién gobernaba sino la Iglesia? ¿Quién sino ella impedía la alfabetización del pueblo? Sólo gracias a la imprenta de Gutenberg, que se extendió por Europa como la pólvora, se salvó la cultura.

—Es increíble —observó el clérigo— que las letras estampadas en las imprentas de Gutenberg se hayan extendido tan rápidamente en un continente de analfabetos, ¿no es así? Casi tan milagroso como el desarrollo de la pintura en una tierra de ciegos...

Estas reticencias hicieron tambalear un poco a su oponente. Recuperándose, le replicó:

—Milagro o no, lo que importa es que la cultura grecolatina fue derrocada únicamente con la ascensión de la Iglesia y que después los hombres se convirtieron en esclavos de esa tirana y que...

El cuerpo a cuerpo continuó, pero para alivio del lector tan sólo le dejó el elenco de las conclusiones que ese «diálogo» hizo fructificar en mi mente.

Nace una nueva civilización

En el siglo I d. C., el *Imperium romanum* alcanza los tres millones de kilómetros cuadrados y cuenta con sesenta millones de habitantes. Innegablemente, es una de las civilizaciones antiguas más prósperas y poderosas. Su política subyuga a los pueblos, dispone de un ejército vasto y fuerte que marcha a su favor y reúne con maestría gran parte del saber —en particular el de la cultura griega— de la Antigüedad.

Pero, tras dos siglos de oro, las crisis morales, económicas y sociales devastan el Imperio y, en el siglo III de nuestra era, Roma se enfrenta a una terrible decadencia que la conduce a su crepúsculo. En ese interín, los pueblos bárbaros se lanzan en torbellino contra las debilitadas fronteras de la Loba.

Después de haber sufrido varios saqueos, la Urbe finalmente sucumbe bajo Odoacro, el 4 de septiembre del 476. Sin duda, toda la civilización grecorromana estaba condenada a desaparecer. Sin embargo, no desapareció...

La Iglesia como principio de unidad

Mientras Roma se derrumba, despunta en el horizonte un nuevo orden social. Recorriendo los mismos caminos que transitaron los legionarios romanos, ahora los predicadores

anuncian el Evangelio; las circunscripciones del Imperio —parroquias y diócesis— se convierten en sedes de la Iglesia; en poco tiempo, la fe católica se difunde por vastas regiones de Europa y asciende en la escala social, haciéndose presente incluso en la aristocracia de los pueblos que se iban constituyendo.

Ahora bien, con la ruina del Imperio romano de Occidente, Europa se reduce a un mosaico de federaciones bárbaras, cuyo principio de unidad pasa a ser la Iglesia Católica, que continúa expandiéndose por todas partes, conquistando y formando naciones enteras. Y es gracias a su penetración que los aspectos buenos de esa civilización, como la cultura, las artes y las letras, se conservan para la posteridad. En efecto, «la caída del Imperio dejó a la Iglesia como única representante y guardiana de la cultura romana y de la educación cristiana».¹

En esta coyuntura histórica, la Iglesia Católica no sólo imparte la debida educación religiosa y moral a pueblos de costumbres tribales, sino que también los conduce a una vida acorde con la dignidad humana. Obispos y monjes se esfuerzan por enseñar a los bárbaros a cultivar campos y construir ciudades. Además, les introducen en el aprendizaje de las materias buenas de la cultura clásica, a tal punto que la gramática latina sigue a los Evangelios hasta los bosques del norte y las islas remotas del océano Atlántico.²

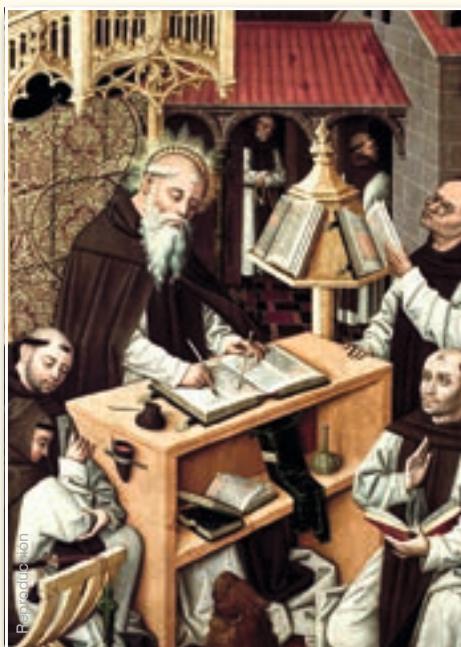
Europa: un continente monástico

Uno de los elementos de capital importancia para la conservación, progreso y expansión del acervo intelectual occidental en esa época fue la fundación de los monasterios —cuyos primordios se remontan a los ermitaños del siglo III d. C.—, que adquirieron toda su

vitalidad y pujanza por la acción de San Benito, patriarca de Europa.

A los conventos de los tiempos bárbaros acuden una cantidad desorbitada de vocaciones. Son corrientes las comunidades de 200 monjes y algunas llegan a contar con 1.000 almas! En poco tiempo, Europa se encuentra poblada de cenobios. La orden benedictina, por ejemplo, tuvo en su apogeo 37.000 abadías.

El ideal monástico se presenta como un medio de santificación para una parte considerable de la sociedad, y de todas las clases sociales despiutan almas vocacionales. Incluso hay reyes que tratan de adoptar el estilo de vida monacal: el soberano anglosajón Kentwin, por citar un ejemplo, depone la corona para vestirse del hábito religioso en un monasterio que él mismo había fundado.³



La expansión de las órdenes monásticas en Europa generó un intenso progreso en varias áreas de la tecnología y el conocimiento intelectual

«San Jerónimo en el “scriptorium”» - Museo Lázaro Galdiano, Madrid. En la página anterior: en el destacado, alegoría de la Astronomía, de Gentile da Fabriano - Palacio Trinci, Foligno (Italia); de fondo, el claustro de la antigua escuela-catedral de París, actual Collège des Bernardins

En las bases de una civilización

Buscando el alejamiento de los concurridos centros urbanos, los monjes se dirigían a menudo a sitios inhóspitos. En estos lugares, donde cultivaban la tierra para garantizar su subsistencia, no se limitaban a trabajar por sus propios intereses: impulsados por la caridad cristiana, también enseñaban la ciencia agrícola a los pueblos. Así pues, muchos monasterios se convirtieron en verdaderas «universidades agrícolas» en las regiones donde se ubicaban.⁴ Un modelo sorprendente de esta acción civilizadora es Inglaterra, que tuvo una quinta parte de su territorio cultivada por monjes.⁵

Los religiosos también obsequiaron a Europa con métodos de cría de ganado, con técnicas de apicultura, de fermentación de la cerveza y de producción de vino, además de desarrollar culturas específicas en determinadas localidades, como la elaboración de queso en Parma y los criaderos de salmón en Irlanda.⁶

No obstante, el progreso alcanzado por la acción monástica no se limitó al terreno de la subsistencia material. Antes bien, fue aún más relevante en el ámbito intelectual.

«Iglesia» y «enseñanza» se convierten en conceptos correlatos

La vida del monje se resumía, en líneas generales, a la oración, al trabajo y al estudio. La regla de San Benito, por ejemplo, preveía aproximadamente 1.265 horas de estudio anual para cada religioso. Tales exigencias fomentaron un vasto enriquecimiento de la formación intelectual de los monjes, que empezaron a impartir la única enseñanza razonablemente seria de esa época.

Esta praxis educativa, por cierto, ya era una tradición en la



Los fieles confiaban sus hijos a los monjes para que aprendieran letras, y se creó la costumbre de erigir escuelas junto a abadías y catedrales

La Escuela de Gramática de Norwich (Escocia), erigida en el siglo xi por el obispo de la ciudad, junto a la catedral. A la izquierda, alegoría medieval de la Gramática, de Gentile da Fabriano - Salón de Artes Liberales y de los Planetas del Palacio Trinci, Foligno (Italia)

Iglesia Católica y las crónicas de los primeros siglos del cristianismo así lo recogen. San Juan Crisóstomo, en el siglo iv, narra que las gentes de Antioquía enviaban a sus hijos para que fueran educados por monjes; y el mismo San Benito instruía a los hijos de los nobles romanos.⁷ En el siglo viii, Teodulfo, obispo de Orleans, emitió el siguiente decreto: «Que los sacerdotes mantengan escuelas en aldeas y campos; si alguno de los fieles quisiera confiarles a sus hijos para que aprendan las letras, no dejen de recibirlas e instruirlos, pero enséñenles con perfecta caridad. No exijan por ello salario ni reciban recompensa alguna, salvo, excepcionalmente, cuando los padres voluntariamente quisieran ofrecerlo por afecto o reconocimiento».⁸

Durante la Edad Media, esta forma accesible de enseñanza progresó aún más, en gran parte por la benéfica acción del emperador Carlomagno, que ordenó la construcción de escuelas junto a abadías, monasterios y catedrales, cuyos profesores debían ser elegidos entre monjes y sacerdotes. Tres siglos después, el III Concilio de Letrán, celebrado en 1179, ordenó que en todas las iglesias catedralicias hubiera un maestro, encargado de enseñar gratuitamente. De esta manera, *Iglesia y enseñanza* se convirtieron en conceptos tan correlatos que en

algunos idiomas se confunden los términos *clérigo* y *escribano*: *clerc* en francés, *clerk* en inglés, *klerk* en flamenco...

Por otro lado, es conocido que los clásicos latinos y toda la literatura patrística han llegado hasta nuestros días gracias al trabajo de los monjes copistas: «Un solo convento», afirma un historiador, «prestó más servicios a las letras que las universidades de Oxford y de Cambridge juntas».⁹

La Santa Iglesia también en la raíz de las universidades

Aún acerca de la educación en la época medieval, queda por decir unas palabras sobre la universidad, una de las obras maestras de la Iglesia Católica.

Entre los siglos xii y xiv se registra en Europa la erección de cuarenta y cuatro centros universitarios con acta de fundación. De éstos, treinta y uno son total o parcialmente creación de la Iglesia. Si ampliamos el análisis otros dos siglos, constatamos un gigantesco esfuerzo civilizador por parte de la Iglesia Católica, la cual dota al continente europeo de noventa y siete institutos superiores de enseñanza,¹⁰ y funda varias universidades en el Nuevo Mundo.

Es también la Iglesia la que se adelanta a dar oportunidades de instrucción a los más desfavorecidos: pone

al alcance de los alumnos de familias menos pudientes becas universitarias —en la Universidad de París, por ejemplo, hubo un tiempo en que había seiscientas diez becas ofrecidas por el clero— y proporciona alojamiento y comida a estudiantes sin recursos económicos que fueran aptos para un curso universitario. En Lovaina, el número de colegios destinados a este fin llegaba a cuarenta.¹¹

Iglesia y ciencia

La lista de clérigos que aportaron valiosas contribuciones para el desarrollo de las ciencias naturales, humanas y exactas es una de las mejores pruebas de cuán presente la Iglesia estuvo en los más variados campos del saber. Mencionemos sólo algunos: el P. Nicolás Steno es considerado el padre de la geología; el sacerdote Athanasius Kircher, padre de la egiptología; la primera persona en medir la tasa de aceleración de un cuerpo en caída libre fue un sacerdote, el P. Giambattista Riccioli; al P. Roger Boscovich se le atribuye el descubrimiento de la teoría atómica moderna; los jesuitas dominaron el estudio de los terremotos y, por eso, la sismología fue llamada durante mucho tiempo «ciencia jesuita»...¹²

La astronomía también se benefició de los estudios e incluso del sustento de la Iglesia. En este sentido, el histo-



Entre los siglos XII y XVI, la Iglesia Católica fue responsable de la fundación de noventa y siete institutos superiores de enseñanza en el continente europeo

Universidad de Glasgow (Escocia), fundada por el papa Nicolás V en el siglo XV.

A la derecha, «Enrique de Alemania con sus alumnos», de Laurentius de Voltolina - Museo de Grabados y Dibujos, Berlín



Foto: Reproducción

riador de la ciencia John Lewis Heilbron afirma que: «La Iglesia Católica Romana brindó más ayuda financiera y apoyo social al estudio de la astronomía durante seis siglos —desde la recuperación de los conocimientos antiguos durante la Edad Media hasta la Ilustración— que cualquier otra institución y, probablemente, más que todas ellas juntas».¹³ Por último, una curiosidad: treinta y cinco cráteres lunares llevan el nombre de científicos y matemáticos jesuitas...

De vuelta al consultorio

La disputa llega a su fin.

El universitario, poco satisfecho de verse fruto de la Iglesia por ese título, escucha más que habla. No imaginaba que la espera en un consultorio médico podría convertirse en una discusión, y mucho menos en una clase. Y que él fuera el alumno.

Aprovechando el silencio de su oponente, el sacerdote entra con una

cita de lo que había estado leyendo antes del combate:

—La misión principal de la Iglesia es santificar a las almas. Por consiguiente, no puede dejar de preocuparse «de las necesidades que la vida diaria plantea a los hombres, no sólo de las que afectan a su decoroso sustento, sino de las relativas a su interés y prosperidad, sin exceptuar bien alguno y a lo largo de las diferentes épocas».¹⁴ Siempre ha sido ésa la feliz fórmula de la Iglesia, querido amigo: civilizar evangelizando y evangelizar civilizando.

El ala contraria se sigue rebelando y lanza otra carta:

—Si en el pasado esa Iglesia suya formó lo que hay de cultura en el presente, sepa que en el presente es el mundo libre el que está engendrando la civilización futura.

Ese primario juego de palabras hizo que el sacerdote esbozara una discreta sonrisa.

—Joven —prosiguió el clérigo—, ése es exactamente el problema...

Entonces, una inexpresiva voz pronunció un nombre castellano con inconfundible acento brasileño. Era el del sacerdote, quien con una calma imperturbable se dirigió a la ya atraída cita médica.

Así que me quedé a solas con el «polémico» universitario. Estaba pensativo. ¿Habría evaluado el desafortunado significado de su última intervención? Por un momento tuve cierta esperanza de que así fuera. Pero, unos segundos más tarde, ya estaba deslizando frenéticamente sus pulgares sobre la pantalla de su smartphone, retomando la postura desparramada a la que —por temor o inseguridad, no lo sé muy bien— había renunciado durante la discusión.

«Un mundo “libre” de la Iglesia, que engendre una civilización futura...», pensé, «Sí... ¡ése es exactamente el problema!».

¹ DAWSON, Christopher. *A crise da educação ocidental*. São Paulo: É Realizações, 2020, p. 33.

² Cf. Ídem, p. 34.

³ Cf. DANIEL-ROPS, Henri. *A Igreja dos tempos bárbaros*. São Paulo: Quadrante, 1991, p. 283.

⁴ Cf. FLICK, Alexander Clarence. *The Rise of the Medieval Church*. New York-London: G. P. Putnam's Sons, 1909, p. 223.

⁵ Cf. WOODS, Thomas E. *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*. Madrid: Ciudadela, 2007, p. 52.

⁶ Cf. Ídem, pp. 54-55.

⁷ Cf. Ídem, p. 67.

⁸ FRANCA, Leonel. «A Igreja, a reforma e a civilização». In: *Obras Completas*. 7^a ed. Rio de Janeiro: Agir, 1958, t. II, p. 344.

⁹ Ídem, p. 343.

¹⁰ Cf. Ídem, pp. 347-349.

¹¹ Cf. Ídem, p. 350.

¹² Cf. WOODS, op. cit., p. 22.

¹³ HEILBRON, John Lewis. *The Sun in the Church. Cathedrals as Solar Observatories*. 2^a ed. Cambridge (MA): Harvard University Press, 1999, p. 3.

¹⁴ SAN JUAN XXIII. *Mater et magistra*, n.º 3.

Fundador de una era de fe

Desprendiéndose del gran pantano que era la Europa de su tiempo, aquel joven patrício caminó hasta una cueva del Lacio y allí comenzó una vida espiritual de cuyos fulgores nacería la cristiandad medieval.

Plinio Corrêa de Oliveira



Un joven con una vocación extraordinaria, oriundo de una familia senatorial y patricia, decidió entregarse totalmente a la gracia divina. Esta le dijo en lo hondo de su alma: «Hijo mío, te quiero, y te quiero por entero. ¿Te das por entero?». Y él le respondió: «Sí, me doy por entero». Benito era su nombre.

Sin embargo, para llevar a cabo esa entrega completa, la experiencia le mostraba que no podía permanecer en aquel maremagno —una mezcla de barbarie y de cultura romana decadente— en el que se encontraba Europa en los albores del siglo vi. Entonces, resolvió retirarse, él solo, a un sitio desierto e inhóspito, apartado de la convivencia de los hombres, donde buscaría la santificación de su alma.

Probablemente, no tenía idea de que la Providencia lo llamaba a ser el árbol del cual brotarían todas las semillas que se esparcirían por Europa, dando origen a la cristiandad medieval. Se enfundaba en aquella soledad para ser visto únicamente por Dios y la Santísima Virgen, para que nada perturbara la entrega completa que les había hecho. Allí se entregaría a la devoción, a la meditación, a la penitencia, para que la gracia se apoderara cada vez más de su persona.

En la cueva de Subiaco, pensando solamente en Dios

Podemos imaginar a San Benito todavía joven —como consta que así lo era—, bien presentado, bien provisto de los atributos de una familia senatorial y, desprendido de todas estas dotes naturales, dejando su casa paterna camino de Subiaco. Era este lugar una montaña, una especie de palacio silvestre de cuevas, unas encima de otras, formando como pisos [de un edificio]. Eligió una de ellas, en lo que podríamos llamar «planta baja», y entró.

Quizá no lo supiera, pero en una de las aberturas superiores hacia ya muchos años que vivía en completo aislamiento otro ermitaño, mucho mayor que él, San Román. Éste vio llegar al joven asceta e inmediatamente percibió la señal de Dios en esa alma. No se hablaban, manteniendo cada cual su existencia recogida.

San Román sólo comía el pan que le llevaba un cuervo todos los días. Ahora bien, San Benito había ido allí sin preocuparse de su alimentación, confiando en Dios. Pero, a partir de aquel día, el cuervo comenzó a dejar dos panes. San Román comprendió enseguida para quién era el segundo; cogió una cesta, a la que ató una cuerda, y por ella bajó la ración suplemen-

taria que le había traído el pájaro. Tan pronto como vio la cesta y su contenido, San Benito percibió que a partir de ese momento tendría asegurada su nutrición, comiendo el pan milagrosamente enviado por Dios.

Su único contacto con el mundo exterior era la hora en la que veía desceder la cuerda. Había renunciado a todo, olvidado de sí mismo, pensando solamente en las cosas divinas.

En las espinas, victoria sobre la carne

Hasta donde puedo pensar, admito que San Benito, aun sin ser plenamente consciente de lo que nacería de Subiaco, se daba cuenta de que algo muy grande se jugaba en el Cielo cada vez que él daba un paso ascendente en el camino de la fidelidad. Los ángeles cantaban y los demonios rugían. Sentía todo el odio que el diablo ponía contra él —y, por tanto, lo nocivo que le estaba siendo— en las tóxicas tentaciones con las que a cada instante y de manera tormentosa lo acosaba, y a las que se veía obligado a resistir.

En cierto momento, sin que él tuviera la culpa, las tentaciones contra la pureza aumentaron desmedidamente. Era, naturalmente, la furia del espíritu impuro que se desataba

sobre un hombre tan extraordinario como ése. Para vencer esos ataques, San Benito se levantó y se arrojó sobre un arbusto de hojas fuertemente espinosas, para que la sensación de dolor que éstas le provocaban ahogara los malos deseos de la carne.

En memoria del heroico y victorioso acto de su fundador, los benedictinos siempre han conservado ese arbusto con una veneración y un cuidado extraordinarios. Siglos después, allí estuvo rezando el gran San Francisco de Asís, que se conmovió al ver aquellos matorrales espinosos. Y para señalar cuán agradable fue para Dios ese gesto de San Benito, el *Poverello* plantó en ese mismo sitio un rosal. A partir de entonces, éste y aquel arbusto nacieron juntos, entrelazándose y perpetuando en aquella cueva la suavidad de San Francisco y la noble austeridad de San Benito.

A través de San Benito, Dios velaba por Europa

Y así, con sucesivos triunfos sobre el mundo, el demonio y la carne, el joven ermitaño llevaba la vida de virtudes que haría de su alma el elemento modelador de toda una familia religiosa, la cual se extendería a lo largo de los siglos. Se convirtió en un santo de primera magnitud, el patriarca de los monjes de Occidente, un varón igualado por pocos en la historia de la Iglesia, porque no es propio del género humano engendrar a tantos hombres de semejante estatura espiritual.

Es necesario subrayar que, si San Benito sólo se preocupaba con darse enteramente a Dios, Dios cuidaba enteramente de su fiel servidor, para, a través de él, velar por Europa.

De hecho, San Benito tuvo un número incalculable de hijos espirituales, los religiosos benedictinos, que se expandieron por el continente y tuvieron una prodigiosa influencia

en la formación y difusión de la Edad Media. Fueron ellos quienes trabajaron por la conversión de los bárbaros, sobre todo en las regiones más difíciles donde el cristianismo no había penetrado.

Punto de partida de la civilización cristiana

Pero ¿cómo actuaban los hijos del santo patriarca?

Iban a los pueblos infieles, predicaban misiones y fundaban un monasterio. Éste, por lo general, construido en un lugar desierto. Allí



La Providencia eligió a San Benito para ser el árbol del que brotarían todas las semillas de la futura cristiandad

«San Benito», de Nardo di Cione - Museo Nacional, Estocolmo. En la página anterior, vista del monasterio de Subiaco, Italia

comenzaban a cantar, a practicar la liturgia, a repartir limosnas entre los pobres que se acercaban, a talar bosques, a hacer plantaciones regulares, a secar pantanos.

A causa de la influencia que adquirían sobre las almas, especialmente por sus virtudes, las poblaciones y ciudades iban construyéndose en torno a sus monasterios. Cuando permanecían solitarios, la gente de las ciudades iba a visitarlos y su acción se irradiaba a distancia, ayudando a las obras del clero secular.

Se convirtió en un tesoro para cualquier población el tener un monasterio benedictino instalado en sus inmediaciones. Su apostolado característico, no obstante, era el que, de lejos, empezaba a resplandecer con todo su brillo, a atraer con todo su perfume, haciendo que los pueblos fueran a su encuentro. Lo cual no deja de ser una hermosa manera de obrar en beneficio de las almas.

Tras haber convertido a Europa, los hijos de San Benito, por medio de la congregación de Cluny —que era una federación de abadías y monasterios benedictinos— prepararon todo el florecimiento espiritual, cultural, artístico, político y militar de la Edad Media. La formación de ésta no habría sido posible si no fuera por las ideas, las máximas y los principios irradiados por Cluny.

Pero Cluny, a su vez, no habría existido sin Subiaco. Éste fue el verdadero punto de partida de la civilización cristiana. Surgió del «sí» de aquel joven Benito, quien, desprendiéndose del gran pantano que era la Europa de su tiempo, caminó hasta aquella cueva del Lacio y allí comenzó una vida espiritual de cuyos fulgores nacería la cristiandad medieval. ♦

Extraído, con ligeras adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año III.
N.º 24 (mar, 2000); pp. 12-17.

Un exorcismo acuñado en medalla

A partir de Alemania, donde fue acuñada por primera vez, la devoción a la medalla de San Benito se extendió rápidamente por toda la Europa católica, siendo considerada por los fieles una segurísima defensa contra las embestidas infernales.

✉ Gabriel Lopes dos Anjos Silva



«¡N o hemos podido hacer nada contra aquel lugar!», confesaron algunas brujas encarceladas por la autoridad de Nattremberg, Baviera, en el año 1647, bajo la acusación de haber realizado maleficios sobre los habitantes de esa región. En el proceso que siguió a su arresto declararon que sus perversas maquinaciones no tenían éxito en los sitios donde la santa cruz de Cristo estaba suspendida o incluso escondida en el suelo. Y ése era, ciertamente, el caso de la invulnerable abadía de Metten.

Los investigadores fueron entonces a visitar el monasterio benedictino con el objetivo de consultar a los monjes acerca de esa particularidad. Tras una atenta observación, las autoridades advirtieron muchas representaciones de la santa cruz en las paredes de la abadía, acompañadas siempre de enigmáticos caracteres cuyo significado se perdía en las brumas del pasado y que ya nadie sabía descifrar.

Consultando la biblioteca monacal, encontraron un antiguo evangelario, fechado en 1415, donde unos dibujos realizados a pluma por un monje anónimo representaban a San Benito revestido de su cogulla monástica, portando en su mano iz-

quierda un bastón rematado por una cruz y en la derecha, una flámula, en la que se descifraban aquellos misteriosos caracteres: *Crux sacra sit mihi lux. Non draco sit mihi dux* —Que la santa cruz sea mi luz; que el dragón no sea mi guía. Era la primera evidencia conocida de aquella devoción que la piedad popular extendería por el mundo entero hasta nuestros días: la medalla de San Benito.¹

Origen de una tradición

De hecho, después de tales acontecimientos, el fervor de los católicos por la poderosa medalla creció de manera vertiginosa. Partiendo de Alemania, donde se acuñó por primera vez, se propagó rápidamente por toda la Europa católica, siendo considerada por los fieles como segurísima defensa contra las embestidas infernales.²

La Santa Sede enseguida se vio impulsada a apoyar este providencial movimiento de la gracia y el 12 de marzo de 1742 el papa Benedicto XIV firmó el breve que ratificaba el uso del piadoso objeto y le concedía favores e indulgencias. Habiéndose difundido muchas variantes de la medalla a lo largo del tiempo, el 31 de agosto de 1877 el Beato Pío IX distinguió con indulgencias especiales un nuevo mo-

delo acuñado por la abadía de Monte-cassino con ocasión del decimocuarto centenario del nacimiento de San Benito, que pasó a ser conocido como la medalla jubilar. Dicho modelo es el más difundido hasta el día de hoy.³

Sin embargo, tal como sucedió en la cristiandad de antaño, el significado más profundo de este poderoso sacramental es olvidado a menudo por los cristianos.

Que la santa cruz sea mi luz

El adorable instrumento de nuestra salvación es, en sí mismo, un eficacísimo auxilio contra todo tipo de ataques diabólicos. Si por medio de un árbol el antiguo enemigo derrotó, en Adán, al género humano, así también por medio de un madero el Hombre-Dios nos ha rescatado definitivamente de la tiranía infernal.

Por ello, una gran cruz griega cubre una cara de la medalla. Entre las astas de la cruz se pueden leer cuatro caracteres: C. S. P. B., que significa: *Crux Sancti Patris Benedicti* —La cruz del santo padre Benito. También son visibles, grabadas en la propia cruz, las letras C. S. S. M. L. en la asta vertical, y N. D. S. M. D. en la asta horizontal, que aluden, respectivamente, a las frases antes citadas: *Crux Sacra sit mihi*





Reproducción

El significado más profundo de este sacramental es, a menudo, olvidado por los cristianos

Medalla de San Benito

lux. Non draco sit mihi dux —Que la santa cruz sea mi luz; que el dragón no sea mi guía. Y, para completar esta oración de carácter exorcista, hay a su alrededor una inscripción más extensa: V. R. S. N. S. M. V. S. M. Q. L. I. V. B., que quiere decir: *Vade retro Sataná; numquam suade mihi vana. Sunt mala quae libas; ipse venena bibas* —¡Apártate, Satanás!, no me sugieras cosas vanas. Maldad es lo que me brindas, bebe tú mismo el veneno.

Tal conjuro puede ser utilizado por los cristianos siempre que se sientan perturbados y asaltados por las tentaciones del enemigo; cuando nos sugiere sus perversidades, las falsas pompas del mundo, los deleites y placeres contrarios a la ley de Dios, las malas amistades..., en fin, su veneno, el pecado mismo, que lleva la muerte al alma. ¡Acceptadlo, jamás! Arrojemos ese maldito «obsequio» a la cara del tentador que nos lo ofrece, ya que él mismo lo eligió por herencia.

No obstante, al contemplar el reverso de la medalla cabría preguntarse: ¿por qué San Benito?

La figura del patriarca de Occidente

El santo patriarca de Occidente cuenta con todas las prerrogativas para

figurar en un objeto piadoso de carácter exorcista, y esto se debe principalmente a las grandes victorias obtenidas por él contra los espíritus malignos al usar la señal de la cruz.

Bien nos lo recuerdan la copa y el cuervo representados a sus pies. Aquella alude a un episodio de su vida en el que unos monjes rebeldes intentaron matarlo, sirviéndole un vaso de vino envenenado, que rápidamente se hizo añicos al ser bendecido por el santo, reduciéndolo a fragmentos. Y el ave se refiere a la ocasión en que un sacerdote envidioso de las virtudes de San Benito decidió «obsequiarle» con un pan también envenenado, el cual, sin embargo, no llegó a ser consumido por el santo abad, que le ordenó a un cuervo que se lo llevara bien lejos.⁴

Merece especial atención igualmente la inscripción que rodea esa cara de la medalla: *Eius in obitu n[ost]ro præsentia muniamur* —En la hora de nuestra muerte, seamos protegidos por tu presencia. Se trata de una petición que, junto con la formulada en la avemaría, «ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte», nos llena de confianza en relación con nuestros últimos momentos de vida en esta tierra, en los que el demonio juega el «todo o nada» para nuestra perdición.

Auxilio infalible

Así pues, aunque los ataques diabólicos, las tentaciones e incluso los peligros físicos a los que nos enfrentamos cada día sean numerosos y constantes, la medalla de San Benito constituye un poderoso sacramental e infalible auxilio para los cristianos, ya que reúne en sí la virtud de la santa cruz y el recuerdo de las victorias que el gran patriarca obtuvo contra el dragón infernal.

Por lo tanto, en medio de las tribulaciones de esta vida, llevemos con devoción la medalla de San Benito, no como un mero amuleto alegórico, sino

como una ayuda sobrenatural y una representación auténtica de las promesas de nuestro bautismo: creemos firmemente en Jesucristo, nuestro Señor, y en la Santa Iglesia y renunciamos para siempre a Satanás y al pecado. ♣

¹ Cf. GUERÁNGER, OSB, Prosper. *A medida de São Bento*. São Paulo: Artpress, 1995, pp. 37-38.

² Cf. Ídem, p. 42.

³ Cf. Ídem, p. 136.

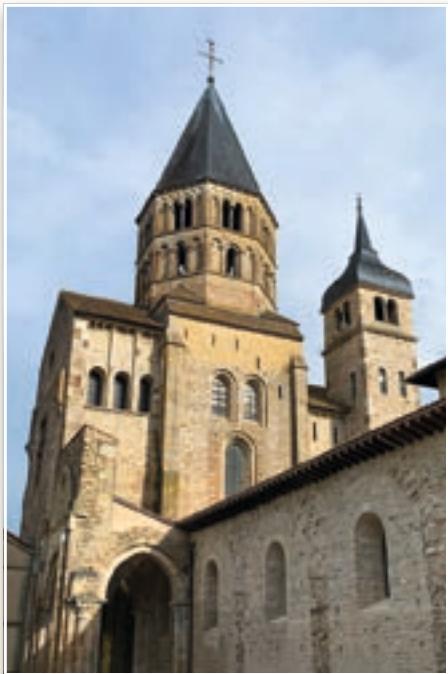
⁴ Cf. SAN GREGORIO MAGNO. *Vida e milagres de São Bento*. Rio de Janeiro: Lumen Christi, 1977, pp. 38-39; 51-52.



Reproducción

La medalla reúne en sí la virtud de la santa cruz y el recuerdo de las victorias que el patriarca de Occidente obtuvo contra el dragón infernal

San Benito - Basílica de Santo Domingo, Bolonia (Italia)



Chabot01 (CC by-sa 4.0)

Fuente de agua viva para la cristiandad

La belleza es una cuestión de honor para el monje cluniacense. La pulcritud debe traslucir en sus construcciones, en su liturgia, en sus posturas e incluso en sus actos más corrientes, como una comida.

✉ José Antonio Blanco Soto



Epoca de guerras y anarquía, el siglo x contempló un momento crucial para la historia de Europa. La campaña civilizadora iniciada por Carlomagno requería un nuevo impulso. Por otra parte, en el ámbito eclesiástico se hacía urgente una reforma de las costumbres para combatir la simonía, la inmoralidad del clero secular y la decadencia del monaquismo occidental.

Quiso Dios que, en este período histórico, la ejecución de grandes emprendimientos de carácter religioso, cultural y social no dependiera de un solo hombre, sino de una congregación entera.

Pura destilación de la virtud monástica benedictina, Cluny tuvo un papel fundamental en la formación de la Edad Media al ejercer su autoridad e influencia sobre naciones enteras y obrar profundas transformaciones morales, intelectuales e incluso artísticas.¹ Con abades santos durante casi dos siglos, era cuestión de tiempo que sus brazos se extendieran hasta la cátedra de Pedro: San Gregorio VII y el Beato Urbano II, Papas imprescindibles para comprender el esplendor medieval, eran cluniacenses.

Surge una nueva congregación

En el 910, sin embargo, el nombre de Cluny no designaba más que un amplio valle donado por Guillermo I de Aquitania al abad Bernón, donde se había fundado un monasterio que se desarrollaría en las hábiles manos de Odón, su discípulo.

La estricta observancia que caracterizaría al carisma cluniacense ya se hallaba en germen en el alma de Odón cuando un año antes, al constatar el

Pura destilación de la virtud monástica benedictina, Cluny fue esencial en la formación de la Edad Media, influenciando naciones enteras

descuido de sus cohermanos por la regla, había abandonado la comunidad en la que se crió en busca de un lugar donde el fervor monástico aún resplandeciera. Finalmente, encontró en Bernón y sus monjes lo que andaba procurando. Encabezando un grupo de religiosos tras el fallecimiento del abad, en el 926, haría de ese por entonces anónimo valle la cuna de lo que se podría llamar «el imperio cluniacense».

En efecto, la mano de Dios se posaba sobre aquel gremio de consagrados, que cada año crecía en número y ardor. En poco tiempo, junto a la rígida disciplina, se consolidaría una peculiar espiritualidad.

Partiendo de un ideal de profunda intimidad con Nuestro Señor Jesucristo, el monje de Cluny buscaba, de alguna manera, trascender las realidades materiales para vivir según las sobrenaturales. Además de cultivar una entrañada devoción al Redentor, a la Santísima Virgen y al papado, uno de los principales objetos de sus meditaciones era la invisible pero real lucha de los ángeles contra los espíritus malignos. Si bien es cierto que

aquellos religiosos se distanciaban del mundo, lo hacían no sólo para gozar anticipadamente el Cielo, sino también para unirse a las huestes angelicas y convertir el claustro en un campo de batalla. Así, sus trabajos, sus oraciones e incluso sus horas de descanso no sólo constituyan actos directos de alabanza a Dios, sino también efficaces golpes contra el antiguo adversario.²

Los oblatos

Esa lucha no la libraban únicamente monjes experimentados. En las filas del monacato cluniacense a menudo se encontraban miembros muy jóvenes, los oblatos, que, ofrecidos a la religión por sus padres cuando eran niños, emprendían desde tierna edad el camino de los consejos evangélicos. Tratados con sumo respeto por los religiosos profesos, estos pequeños monjes eran integrados en la vida comunitaria como miembros auténticos y participaban en diversas actividades comunes a todos. «Habría sido muy difícil —decían— que el hijo de un rey fuera criado con más cuidado en el palacio de su padre que el último de los muchachos de Cluny».³

De hecho, a los menores no se les exigía las mismas costumbres austeras que seguían los mayores, sino que, integrados en un régimen especial, disponían de ropa y alimentación más adecuadas a las necesidades de la edad pueril. Además, estaban constantemente acompañados por los *magistri puerorum*, «maestros de novicios» que los cuidaban con mucha atención y vigilancia. En los actos litúrgicos, por ejemplo, no se toleraba que el tejido del hábito de un oblat robara siquiera el hábito de otro monje.

Al llegar a la madurez, cada oblat debía elegir entre el mundo o el claustro. Quien optara por vivir en el

siglo podía congratularse de haber adquirido una sólida formación religiosa y moral, a la par de una disciplina del espíritu y del cuerpo forjada en la austeridad monacal en todos los actos cotidianos. Los que escogieran la vida religiosa, una vez admitidos como no-

vicios en la orden, iniciaban un largo y exigente itinerario de formación.

Entonces, ¿cómo transcurría el día a día de esos hombres que, renunciando a todo, vivían sólo para Dios? Adéntrate el lector, durante unos instantes, en los claustros y galerías románicas de este mundo sagrado y misterioso, para conocer qué sucedía entre el primero y el último tañido de campana en una comunidad cluniacense.

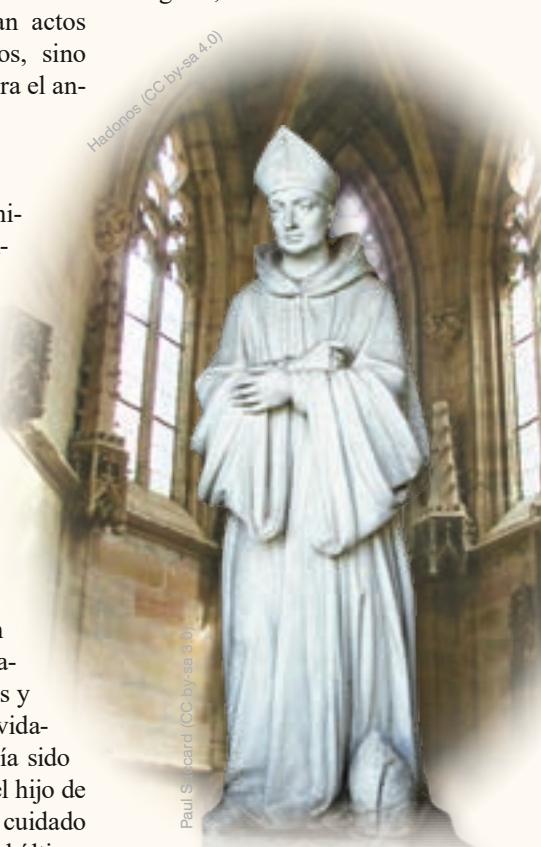
Primeras alabanzas

La jornada empieza alrededor de las dos y media de la madrugada, cuando las campanadas convocan a los monjes a las primeras horas litúrgicas del oficio divino: maitines y laudes. En el dormitorio, los monjes se levantan, visten sus hábitos y, a continuación, se dirigen a la iglesia abacial.

Las ojivas, iluminadas únicamente por la trémula luz de las velas, hacen resonar en la penumbra los ocho salmos cantados por la comunidad, tras los cuales tres lecturas, también cantadas, extraídas de la Sagrada Escritura y de las obras de los Padres de la Iglesia, concluyen el *primer nocturno*, la parte inicial de maitines. Muy similar es el *segundo nocturno*, recitado seguidamente en seis salmos y una lectura. Algunas oraciones tienen nombres específicos: los *familiares* son cuatro salmos rezados en las intenciones de parientes y conocidos; los *prostrati* son diez salmos que los monjes pronuncian rostro en tierra a lo largo de la Cuaresma.

Durante todo el ceremonial, un monje recorre las filas con un quinqué, asegurándose de que nadie sucumbe al cansancio. Si encuentra a alguien durmiendo, lo despierta acercándole la luz a la cara. Pero si se ha de repetir el procedimiento tres veces, el religioso somnoliento debe asumir esta función para mantenerse despierto...

Tras el canto de las horas prescritas por la regla para ese horario, los



San Maëul, cuarto abad de Cluny - Priorato de los Santos Pedro y Pablo, Souvigny (Francia); de fondo, capilla de la abadía cluniacense. En la página anterior, una de sus torres

*Por un ideal de íntima
unión con Dios,
el monje de Cluny
buscaba trascender las
realidades materiales
para vivir según
las sobrenaturales*

monjes descansan hasta las cinco de la mañana, cuando empiezan la hora prima del oficio.

Una vez más, salmos y responsorios se suceden, mientras poco a poco el sol tiñe los vitrales del templo con los colores de la aurora.

Luego se celebra la primera misa, siempre cantada, precedida de varias letanías con intenciones específicas, de entre las cuales figuran los reyes, príncipes, obispos, abades y amigos de la orden. Los domingos, al santo sacrificio le sigue un ritual en el que se asperge agua y sal benditas por todo el monasterio.

Capítulo diario

Concluida la misa, todos se reúnen en la sala capitular, para iniciar uno de los actos centrales de la vida monástica: el capítulo. Es una reunión que se abre con la lectura de un capítulo de la regla de San Benito —de ahí su nombre— y después se tratan asuntos más concretos: la admisión de un novicio, la corrección de una falta o incluso la expulsión de un miembro indigno.

Durante la sesión, el abad pue-de acusar alguna falta pública que haya perturbado o escandalizado a la comunidad, convocando al infractor al centro de la sala capitular para que pida perdón. No obstante, si el acusado no se arrepiente de su error, queda excluido de los actos comunes hasta que el abad envíe a alguien a susurrarle al oído: «Estás absuelto».⁴

Una vez que ha terminado el capítulo, el abad anuncia: *Ad opera manuum ibimus in hortum*.⁵ Entonces, todos salen en procesión hacia el claustro, donde se distribuirán y darán comienzo los trabajos del día.

El trabajo: un «acto litúrgico»

Ora et labora:⁶ este es el axioma que define la espiritualidad benedictina. Y, de hecho, las circunstancias

exigían que las mismas manos que se juntaban para rezar, fueran empleadas en el sustento y manutención de la orden.

Había varias funciones que desempeñar: el cuidado de la casa, copiar libros, el cultivo de la tierra... Esto último suscita especial curiosidad porque para un monje de Cluny el trabajo en el campo era un verdadero «acto litúrgico».

Al canto de las letanías, todos van llegando juntos al lugar de cultivo. El prior inicia el trabajo con algunas oraciones como el *Kyrie eleison* y el padrenuestro. Mientras labran la tierra

recitan salmos por los fieles difuntos, seguidos de una lectura comentada por el superior durante la labor.

Finalmente, regresan al monasterio, nuevamente en procesión.

Sacralidad en los actos diarios

La belleza era una cuestión de honor para el monje cluniacense. Los actos de su vida debían transcurrir con la pulcritud y la decencia propias de quien se sabe hijo de Dios y hermano de los bienaventurados. Ese ideal trascendía en sus edificios, en su liturgia y en su compostura —incluso en los actos más corrientes, como una comida.

Los religiosos tenían dos comidas diarias: el almuerzo, en torno al mediodía, y la cena, servida al final de la tarde. Tras la segunda misa, la *missa maior*, más solemne —en las grandes fiestas, estaba iluminada por casi quinientas velas—, el toque de la campana anuncia que la comunidad debía dirigirse al refectorio, después de que cada monje se hubiera lavado las manos —los cluniacenses eran especialmente celosos del aseo personal—, y esperar a que llegara el abad. Éste empezaba la comida cantando el *Benedicite*. Nadie se servía antes de que el abad le hubiera dado la señal al monje lector para que comenzara la lectura de un texto.

El régimen alimenticio prescrito en la regla era austero, pero nada ordinario. Había una gran variedad de verduras, panes, quesos y pescados. Se servía vino todos los días.⁷

Durante la comida regía el más estricto silencio. Si un monje quería pedir algo, debía emplear un meticuloso sistema de signos, haciendo el gesto correspondiente a lo que deseaba. Los monjes servidores, a su vez, seguían determinadas normas: no tocar nunca con los dedos la comida servida ni soplar en las bandejas. A primera vista parecen detalles básicos, pero si consideramos que eran practicados



Monjes cantando salmos - Getty Center, Los Ángeles (Estados Unidos)

La vida de los religiosos debía transcurrir con la pulcritud y decencia propias de quien se sabe hijo de Dios y hermano de los bienaventurados

en una sociedad que acababa de salir de la barbarie de los siglos precedentes, entendemos el gran avance que suponían.

Final del día y descanso

A las cuatro de la tarde los hábitos llenan una vez más la iglesia abacial para el canto de las vísperas y, más tarde, de las completas. Un monje cluniacense, al final de un día normal, habrá rezado unos doscientos quince salmos.

Por la noche comienza el período de silencio más riguroso, que sólo concluirá con el capítulo de la jornada siguiente. Es el momento de las últimas oraciones, en el que los monjes entran en especial recogimiento. Cesan el ajetreo y los ruidos del día, dando paso a un ambiente propicio para la comunicación con el mundo sobrenatural.

Llega, finalmente, el momento del descanso. Los monjes pasaron el día en comunidad y la regla de Cluny prescribía que también lo hicieran por la noche. De este modo, en un dormitorio común, todos serían testigos de la honestidad de sus hermanos y velarían mutuamente por la integridad de su conducta las veinticuatro horas del día. Una peculiar costumbre que se remonta a los inicios del cenobitismo era la de mantener encendida una lámpara en el dormitorio durante toda la noche, simbolizando la vigilancia continua del católico fiel y prudente que, incluso en el descanso nocturno, nunca se encuentra con la lámpara apagada.

En el monasterio, sumergido ahora en un silencio sagrado, toda la comunidad duerme profundamente el sueño de los justos, a la



Reproducción

Dedicatoria del altar mayor de la iglesia abacial de Cluny por el papa Urbano II, en presencia del abad San Hugo - Biblioteca Nacional de Francia, París

Por el ejemplo y la autoridad moral, Cluny extendió su influencia por toda Europa, penetrando en el consejo de los reyes y en la corte pontificia

espera del próximo toque de campana, que les convocará de nuevo al oficio nocturno.

Una fuente de agua viva

Ciertamente, estimado lector, le impresionará el áspero estilo de vida de estos monjes: trabajo intenso, sólo dos comidas, largos rezos de centenares de salmos, noches cortas e interrumpidas, rígida disciplina... Sin embargo, hay que tener en cuenta que, junto a tan ardua jornada, no era raro que los monjes recibieran todo tipo

de consolaciones celestiales e incluso gracias místicas extraordinarias. La Divina Providencia se commueve al ver almas tan sacrificadas y no deja de prodigar favores para sostenerlas.

De hecho, el papel fundamental que desempeñan las órdenes religiosas en el Cuerpo Místico de Cristo requiere una vida de sacrificio. Estas instituciones no sólo tienen como objetivo santificar a sus miembros, sino también extender bendiciones y gracias a toda la sociedad, razón por la cual pueden determinar el curso de épocas históricas enteras.

He ahí lo que le sucedió a Cluny que, en poco tiempo, por la fuerza del ejemplo y la autoridad moral de sus superiores —seis abades sucesivos, con un larguísimo gobierno, fueron canonizados— extendió su influencia por toda Europa, penetrando en el consejo de los reyes y en la corte pontificia, a tal punto que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira definió a sus monjes como la fuente de agua viva de la que floreció lo mejor que produjo la Edad Media. ♦

¹ Cf. CHAGNY, André. *Cluny et son empire*. 4.^a ed. Lyon-París: Emmanuel Vitte, 1949, p. 4.

² Cf. DE VALOUS, Guy. *Le monachisme clunisien des origi-*

nes au XV^e siècle. 2.^a ed. Paris: A. et J. Picard, 1970, t. I, p. III.

³ Ídem, p. 303.

⁴ Cf. EVANS, Joan. *Monastic Life at Cluny. 910-1157*. New

York: Archon Books, 1968, pp. 85-86.

⁵ Del latín: «Vayamos al jardín a trabajar con las manos».

⁶ Del latín: «Ora y trabaja».

⁷ Cf. DANIEL-ROPS, Henri. *História da Igreja de Cristo. A Igreja dos tempos bárbaros*. São Paulo: Quadrante, 1991, p. 592.



La Pasión de Cristo en Verónica

Su vida se podría resumir en las palabras del Apóstol: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo». Aceptando las pruebas que la Providencia le pedía, dejó que la cruz del Señor la transformara, uniéndola al Redentor.

✉ Isabelle Guedes Farias



Fn el centro de la península italiana se encuentra la ciudad de Mercatello, tierra natal de Úrsula, séptima y última hija del matrimonio Francisco Giuliani y Benedicta Mancini, nacida el 27 de diciembre de 1660.¹

La historia de esta mujer se distingue por su íntima relación con la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. No es casualidad que Úrsula pasara a llamarse Verónica, nombre que significa, según la interpretación tradicional, *verdadera imagen*, pues la Providencia le había reservado el especial llamamiento de asemejarse, a través del sufrimiento, al divino Maestro.

Infancia de un alma predestinada

Hechos cotidianos acaecidos durante su infancia muestran el singular camino que Dios le había trazado.

Cierto día, una criada de la casa se llevó a la niña, que aún no hablaba, de compras. Un comerciante quiso obtener un beneficio injusto en la venta de su aceite; entonces, éste escuchó esta frase pronunciada por Úrsula: «Haz

justicia, que Dios te ve».² El asombro se apoderó de todos, quienes, confundidos, no sabían si centraban su atención en el hecho de que aquellas eran las primeras palabras de la niña o en la sabiduría que contenían.

Otro episodio digno de nota ocurrió cuando tenía unos 4 años, durante la enfermedad que llevaría a la muerte a su madre. En el momento en que Benedicta iba a recibir el viático, la pequeña Úrsula, al ver las sagradas especies, le pidió al sacerdote que se las diera también a ella. Los presentes, para distraerla de este pueril y santo deseo, le dijeron que sólo había una partícula; entonces ella les contestó que se podía sacar un fragmento de ésta, «pues, así como un espejo —símil que ella misma hizo con prodigiosa habilidad— roto en varios pedazos no deja de representar el objeto entero en todas sus partes, así en las fracciones de la sagrada hostia rota todo Jesús estaría por entero».³

Aún en su primera infancia, su mayor entretenimiento era una particular devoción. En una de las pa-

redes de la casa había un cuadro de la Virgen con su Hijo. La niña tenía la costumbre de adornar la sencilla representación con cintas de su propio vestido, y allí conversaba con la Madre de Dios y el divino Infante, incluso se llevaba la comida e invitaba al Niño Jesús a alimentarse. Sus actos de piedad fueron recompensados cuando cierto día escuchó a la Santísima Virgen decirle: «¡Hija, este Hijo mío te ama mucho! Prepárate, que Él será tu esposo».⁴ Y, en otra ocasión, unas palabras pronunciadas por el Salvador definieron cuál sería la marca de su vida: «Esposa mía, la cruz te espera».⁵

Para los lectores del siglo XXI, inmersos en una sociedad completamente hecha de materialismo, tales hechos pueden sonar a mera leyenda. Pero aquellos que tienen fe saben ver en los acontecimientos un sentido más profundo. En efecto, la historia nos muestra que, a través de estas gracias, la Providencia le hacía a Úrsula una invitación, que ella aceptó enteramente.

Comienza su lucha

Al enviudar, su padre decidió trasladarse a la ciudad de Plasencia. Úrsula y sus hermanas se quedaron en Mercatello al cuidado de un tío suyo, siguiendo a su padre unos años después. Durante este período, permaneciendo fiel a la alianza establecida con lo sobrenatural, fue cuando decidió hacerse religiosa. Fijó dicho propósito con mucha oración y fervor en sus comuniones y, manteniendo el corazón recogido en Dios, empezó a seguir un camino de penitencias.

Las tentaciones y dificultades no tardaron en aparecer. Una vez, se le presentaron dos demonios con apariencia humana, en actitud poco modesta, para estimularla a desviarse de la práctica de la virtud angélica. Ella no se dejó llevar con tal escena y huyó a toda prisa. Estas luchas fueron continuas en su vida; sin embargo, su alma, absorta en lo que hay de más elevado, siempre salía victoriosa de las insidias del Maligno.

En esta etapa de su vida, no obstante, la batalla más ardua la libró contra el empecinamiento de su padre por conseguir que contrajera matrimonio. Ante la joven se abrían dos caminos: entregarse a los placeres terrenales conviviendo con los suyos o cumplir la voluntad de Dios, que estaba clara en su interior. Úrsula optó por la segunda vía.

Entre los innumerables esfuerzos para que siguiera el camino del mundo, el Sr. Giuliani logró que otra de sus hijas, una religiosa de un monasterio de Mercatello, tratara de persuadirla. Este intento sólo obtuvo de Úrsula la respuesta que bien podría aplicarse a quienes pretenden desvirtuar las vocaciones auténticas: «Ten cuidado de no decirme ni una palabra más sobre esto; y si hablas más de eso, no volverás a verme. Y tú, como religiosa, deberías avergonzarte de semejantes discursos, pues estás en contra de los sentimientos de Santa Clara, que te insta a la religión, no

a la vanidad del mundo».⁶ Tan pronto como estas palabras llegaron a oídos de su padre, éste finalmente dio su consentimiento para que se cumplieran los deseos de su hija.

Ingreso en el convento

La primera tentativa de entrar en el convento de las clarisas capuchinas de Città de Castello se vio frustrada al no haber plaza. Al presentar su solicitud por segunda vez Úrsula fue admitida, ciñéndose el sagrado cordón el 17 de julio de 1677, aún sin haber cumplido los 17 años. Tres meses después tomó el hábito de religiosa, recibiendo el nombre de Verónica. Al finalizar el noviciado, en 1678, hizo los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Convencida de su vocación, su principal deseo fue convertirse, a través de la oración y el sufrimiento, en «mediadora entre los pecadores y Dios para destruir completamente los pecados del mundo».⁷ Unida en sus intenciones a Cristo crucificado, Verónica supo ver en cada prueba que se le presentaba en el monasterio un medio de unión con el Señor.

En la vida comunitaria desempeñó numerosos oficios, como cocinera, enfermera y sacristana. A la edad de 34 años recibió el cargo de maestra de novicias, que ejerció durante veintidós años, hasta ser nombrada abadesa durante más de una década. Varios prodigios acompañaron la ejecución de estas tareas, desde la multiplicación de quesos hasta la curación física y espiritual de los enfermos. En la sencillez de la vida monástica, su lema era: «Confía en Dios».⁸

Misterioso cáliz de la Pasión de Cristo

Dios le concedió gracias especiales al comunicarse con ella por medio de visiones sobrenaturales, que Verónica llamaba «recogimientos». En una de sus primeras revelaciones, el Señor se le apareció con la cruz sobre

los hombros, invitándola a sufrir. Al depositar el madero en su corazón, le hizo comprender el inestimable valor del dolor.

En otra visión, el divino Maestro le mostró un cáliz, que ella comprendió ser un símbolo de la pasión que habría de experimentar dentro de sí misma. Esta aparición se repitió varias veces y de diferentes maneras. En una de ellas le fue revelado que, cuando tuviera que beber de ese cáliz, sufriría tanto por parte de los demonios como por los hombres y hasta por el mismo Dios, con arideces y desolaciones interiores. Sedienta de esa «bebida embriagadora», reservada a los corazones inflamados de amor, Verónica ansiaba sorberla.

En cierta ocasión se le apareció la Virgen con su divino Hijo a su lado. Éste le entregó a su Madre un cáliz lleno hasta el borde. Al recibirlo, María Santísima le dijo a Verónica: «Hija, te doy este don de mi Hijo».⁹ Ese cáliz quedó grabado en su espíritu, haciendo que su delicada naturaleza se estremeciera de horror. Muchas veces el misterioso líquido allí contenido era derramado sobre ella, abrasándola en un ardor de fuego. Otras veces, caían gotas sobre su comida, volviéndola amarga y de sabor desgradable. Finalmente, algunas se transformaban en espadas, lanzas y flechas que dilaceraban su cuerpo, atravesando su corazón. Mientras tanto, los demonios la tentaban con las más horripilantes inmundicias, y el aparente alejamiento de Dios la llevaba a sentirse privada de todo auxilio, angustiando su alma.

Pero este símbolo de los padecimientos diarios que sufría no sólo le traía amarguras. A veces le proporcionaba una sensación de consuelo, fundamentada en la certeza de que ése era el medio elegido por Dios para su santificación: su felicidad consistía en saber que su alma estaba en orden, al estar cumpliendo la voluntad divina.

Coronación de espinas y desposorio místico

La trayectoria de Verónica seguía los pasos de la Pasión y, un día, el Señor le concedió la gracia de recibir místicamente la corona de espinas. Los dolores provocados por las punzadas la acompañarían, ora más sensible, ora menos, hasta el final de su vida, causándole desmayos a menudo. Además, se notaba un círculo rojizo alrededor de su frente y, en otras ocasiones, se veían pequeñas ampollas y marcas amoratadas redondeadas en forma de espinas, que descendían hacia sus ojos. Una de estas marcas atravesaba su ojo derecho, provocando que derramara lágrimas sanguinolentas.

Como las hermanas del monasterio no hallaban la manera de ayudar a Verónica con su «enfermedad», el obispo diocesano, Mons. Lucas Antonio Eustachi, decidió actuar con cautela. Determinó que la sometieran a un tratamiento médico y una cirugía para tratar de curar esas marcas, que podrían ser causadas por alguna enfermedad desconocida. No se obtuvo ningún resultado y las marcas permanecieron en su rostro. Ante la imposibilidad de curar las heridas, el obispo declaró que dicho fenómeno no podía atribuirse a causas naturales.

Al verla así ceñida con su corona regia, el divino Salvador pensó que había llegado el momento de realizar el desposorio místico con Verónica, que le había prometido desde la infancia. Las nupcias, celebradas durante la comunión del domingo de Pascua de 1694, fueron preparadas por gracias arrebatadoras de amor a Dios y del deseo abrasado de unirse a Él, seguidas de un período de completa aridez y oscuridad interior, durante el cual Verónica repetía con suma resignación: «Dios mío, si es de tu agrado que yo esté así, el mío también es firme en lo mismo. No quiero nada más que tu voluntad y tu completo agrado».¹⁰



Como muestra de amor, el Señor marcó física e indeleblemente en el corazón de Verónica los instrumentos de su Pasión

Copia exacta del dibujo que hizo la santa de los símbolos grabados en su corazón

Las llagas del Señor

Por una acción especial de la gracia, Verónica comprendía el misterio que esconde el sufrimiento. Aceptando y amando el sacrificio, se sintió inspirada a pedir ser crucificada con Jesucristo, petición que no tardó en ser atendida.

Durante una manifestación sobrenatural que tuvo lugar el Viernes Santo de 1697, vio que de las divinas llagas del Señor salían cinco rayos, que se transformaron en pequeñas llamas. Cuatro de ellas contenían clavos, que le perforaron las manos y los pies, y la otra tenía una lanza de oro, que le atravesó el corazón. «Sentí un gran dolor; pero en el mismo dolor me vi y me sentí completamente transformada en Dios»,¹¹ explicó Verónica más tarde.

Habiendo sido informado de tales fenómenos, Mons. Eustachi quiso una vez más asegurarse de la veracidad de los hechos. Para ello nombró al sacerdote jesuita Juan María Crivelli confesor extraordinario del convento por dos meses, con permiso para someter a Verónica a diversas pruebas.

Tras haber escuchado la confesión general de la religiosa y el relato por-

menorizado de todos los dones recibidos por ella, el sacerdote le instruyó que se pusiera en oración y le pidiera al Señor y a la Santísima Virgen que le revelaran todo lo que él —el P. Crivelli— le ordenaría por medio de actos interiores, sin mover los labios ni hacer ningún gesto. Las peticiones del sacerdote eran: que la llaga de su costado se abriera y fluyera sangre; que esta misma llaga permaneciera abierta el tiempo que él determinara; que en su presencia se cerrara cuando le fuera indicado; que Verónica padeciera los tormentos de la Pasión delante de él, en el momento que él escogiera; y que sufriera también la crucifixión en su presencia y de pie, y no en su cama, como solía ocurrir.

Después de formular mentalmente estas peticiones, el P. Crivelli le preguntó a Verónica qué le habían comunicado Jesús y María Santísima, y ella enumeró a la perfección las cinco peticiones. En días posteriores, según las instrucciones del jesuita, todo se llevó a cabo al pie de la letra.

Intercambio de corazones

Verónica entendió la sublimidad de los sufrimientos del Hombre-Dios y se unió a ellos con verdadera compasión. De todo lo que le sucedía en el campo sobrenatural, sabía sacar consecuencias inmediatas para su día a día, de modo a conformar sus pensamientos y acciones a los deseos del Señor. Una de sus experiencias místicas más notables demuestra claramente esta realidad.

Un día se le apareció el Señor y le sacó del pecho el corazón. Sosteniéndolo en sus divinas manos, le preguntó: «Dime, ¿de quién es este corazón?». Sin dudarlo, Verónica respondió de inmediato: «Es tuyo, Señor». Nuevamente el Redentor le hizo la misma pregunta, pero esta vez su corazón respondió con ella que le pertenecía. Al repetir la pregunta por tercera vez, Jesús abrió su sacrocostado e introdujo el corazón de la

religiosa en su propio corazón sagrado, haciéndola sentirse abrasada de amor. Al retirarlo de este divino sagrario, el corazón de Verónica quedó cubierto de llagas, atravesado por una herida de lado a lado y cubierto con los instrumentos de la Pasión, como esculpidos. Marcado indeleblemente con los estigmas del infinito amor del Señor, su corazón fue devuelto a su pecho.

Entonces la Santísima Virgen la cubrió con un vestido blanco y el divino Maestro le entregó el anillo de bodas, pidiéndole que pronunciara las palabras de la profesión religiosa. Al oír la promesa de los votos, Jesús le aseguró la vida eterna, siempre y cuando ella cumpliera todo que en ese momento había prometido. Esta grandiosa ceremonia fue coronada por una serie de revelaciones y comunicaciones celestiales, que ella nunca pudo contar...

Signos grabados en el corazón

Por obediencia, Verónica dibujó los símbolos grabados en su corazón. Para ello, ya que no tenía habilidades artísticas, pidió la ayuda de dos reli-

giosas, sin revelarles de qué se trataba.

Colocaron veinticuatro signos sobre un papel rojo cortado en forma de corazón, entre ellos una cruz con las letras C, F, V y O grabadas en ésta. La interpretación de estas letras lo reveló ella misma: caridad, fe y fidelidad a Dios, humildad y voluntad de Dios, y obediencia.

También dibujaron una corona de espinas y una bandera en una asta que cruzaba la cruz, la cual según decía ella era el signo de la victoria. En la parte superior de la bandera figuraba la letra J, que simbolizaba el nombre de Jesús, y en la parte inferior la letra M, de María Santísima.

Había igualmente dos llamas, que representaban el amor a Dios y al prójimo, además de los símbolos de la Pasión de Jesús: un martillo, unas tenazas, una caña, una esponja, un vestido —símbolo de la túnica inconsútil del Señor—, un cáliz, dos heridas, una columna, tres clavos, un látigo y siete espadas —figura de los dolores de la Virgen. En el corazón aparecían otras tres letras: P, P y V, que significan padecer, paciencia y voluntad de Dios.

Fin del calvario

Finalmente, llegó el término de su viaje terrenal. Después de la comunión, Verónica sufrió un ataque de apoplejía que le hizo perder el movimiento de todo el lado izquierdo, pero sin afectarle la conciencia ni el habla. Con el paso de los días su estado de salud empeoraba con fiebre, dolores y malestar. Tras una agonía de treinta y tres días, fallecía el 9 de julio de 1727.

Dos meses y medio después de su muerte, por orden del obispo diocesano, unos cirujanos, acompañados por autoridades eclesiásticas, realizaron la autopsia a su corazón y pudieron confirmar la existencia de las figuras grabadas en él.

Al hacer un seguimiento de su vida nos vienen a la mente las palabras del Apóstol: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo» (Col 1, 24). Aceptando las pruebas que la Providencia le pedía, Santa Verónica Giuliani dejó que la cruz del Señor la transformara, uniéndola al Redentor. Alcanzó así el fin tan anhelado, es decir, la felicidad eterna en el Cielo. ♦



Francisco Legarós

Habiendo entendido el misterio oculto en el sufrimiento y amado el sacrificio, Santa Verónica alcanzó el fin tan anhelado, es decir, la felicidad eterna en el Cielo

Imagen mortuaria de la santa, que contiene sus reliquias - Monasterio de Santa Verónica Giuliani, Città di Castello (Italia)

¹ Los datos hagiográficos contenido en este artículo han sido sacados de: SALVATORI, Filippo María. *Vita di Santa Ve-*

ronica Giuliani. Roma: Salviucci, 1839.

⁴ Ídem, p. 8.

⁸ Ídem, p. 39.

² Ídem, p. 7.

⁵ Ídem, p. 11.

⁹ Ídem, p. 48.

³ Ídem, p. 9.

⁶ Ídem, pp. 23-24.

¹⁰ Ídem, p. 56.

⁷ Ídem, p. 35.

¹¹ Ídem, p. 84.

El manto de Elías a través de los tiempos

El solemne recorrido de la historia suele vincular el simbolismo de ciertos lugares a los personajes que allí actuaron. Pero al considerar la figura de Elías, nos sorprende constatar que la grandeza de su profetismo traspasó los límites del tiempo y del espacio...

✉ Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas, EP



Carmelo... ¡Palabra que resuena en la historia como una campana! Evoca acontecimientos grandiosos, trae a la memoria hazañas proféticas y hechos extraordinarios de hombres escogidos. Montaña de los profetas, donde Elías, el ígneo, se enfrentó a los sacerdotes de Baal y los mató en el torrente de Quisón (cf. 1 Re 18, 18-40). Monte de las promesas, en el que el mismo profeta vio y saludó de lejos (cf. Heb 11, 13) a la Bienaventurada Virgen María, prefigurada en la nubecilla que surgió del mar anunciando una lluvia torrencial sobre Israel (cf. 1 Re 8, 42-46).

Pero el monte Carmelo también implica una simbología mística. Al referirse a la esposa del Cantar de los Cantares, el autor sagrado dice que su

cabeza «se yergue como el Carmelo» (7, 6); e Isaías profetiza que el «esplendor del Carmelo» (35, 2) se dará a aquella que, como tierra virgen, hará florecer el lirio. Por eso, algunos autores medievales afirmaban que la palabra *Carmelo* podría significar *alabanzas a la Esposa*, y el carmelita sería quien las canta.¹

La montaña del Carmelo

Los espacios elevados siempre han jugado un papel importante en la historia de la salvación. Las Escrituras nos lo demuestran al mencionar al monte Sinaí como el lugar sagrado de la Revelación y la Ley, o al monte Sion, donde el Señor Dios estableció su santuario. Lo mismo ocurre con el Carmelo.

Este monte se encuentra en Israel, al sur de la bahía de Haifa, a lo largo de la costa mediterránea. La montaña está revestida de una frondosa vegetación, lo que le confiere el nombre de *Karmel*, cuyo significado en hebreo es *viña* o *jardín*,² o bien, como propone Dom Guéranger, «plantación del Señor».³

En tiempos de Elías, el acceso al monte Carmelo era extremadamente difícil, lo que favorecía la soledad y el recogimiento. Siglos después, San Juan de la Cruz lo relacionaría con la ascensión de un alma en la vida espiritual al escribir su famosa obra *Subida al Monte Carmelo*. Probablemente, todas esas características llevaron al tesbita a elegir ese sitio para establecer en él la comunidad de sus



discípulos, los llamados «hijos de los profetas» (2 Re 2, 3).

La estirpe de los profetas

Elías pasó sus días ejerciendo la venganza de Dios contra el mal que se extendía en Israel y reconciliando el corazón de los padres con sus hijos (cf. Eclo 48, 1-10). ¡Bienaventurados los que lo conocieron y fueron honrados por su amistad! (cf. Eclo 48, 11). Sin embargo, el Señor de los ejércitos, por cuya causa celaba ardientemente el profeta, lo arrebató hacia sí, en presencia de Eliseo, que permaneció en la tierra como depositario del espíritu y el profetismo de su maestro.

Los hijos de los profetas se reunieron en torno a Eliseo y, reconociendo en él el espíritu de Elías (cf. 2 Re 2, 15), lo eligieron como el primero entre ellos. Eliseo, entonces, se convirtió para ese núcleo profético y su posteridad en lo que Pedro sería para la Iglesia:⁴ al poseer una primacía como Elías, «nada era imposible para él» (Eclo 48, 14a). Habiendo recibido el manto de su señor, perpetuó el profetismo en la tierra e «incluso muerto, su cuerpo profetizó» (Eclo 48, 14b).

La orden del Carmen en sus orígenes

Los hijos de los profetas, ya en tiempos de Eliseo, construyeron una casa en el Carmelo para poder residir juntos (cf. 2 Re 6, 1-7), retirados como ermitas. A partir de aquí, la tradición carmelita está llena de misterios. ¿Cómo se desarrolló la existencia de esa veta eliática hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Habrían dado lugar a otras formas de vida, como los esenios? ¿Supieron, quizás por revelación, que los tiempos del Mesías habían llegado? Poco se sabe sobre esto...

Una hermosa tradición dice que los hijos espirituales de Elías y Eliseo se hicieron cristianos en la primera



La soledad y el recogimiento del Carmelo llevaron a Elías a constituir en ese lugar la comunidad de sus discípulos, los «hijos de los profetas»

Profeta Elías - Basílica de Nuestra Señora del Carmen, São Paulo

predicación de los Apóstoles y que ya allí conocieron a María Santísima, cuya venida habían profetizado sus padres en la montaña del Carmelo. Por eso regresaron con más fervor al monte santo y edificaron una capilla a Nuestra Señora en el mismo lugar donde Elías había divisado la nube-cilla. Este hecho les confirió el título de Hermanos de la Santísima Virgen María del Monte Carmelo.⁵

Hasta el siglo XII, estos ermitaños aún eran desconocidos en Occidente, pues vivían solamente en aquella elevación. En esta época se unieron a ellos algunas personas llegadas de Europa debido a la formación del Reino Latino de Jerusalén, que se inició con las cruzadas. Fue entonces cuando San Bertoldo de Calabria fue elegido primer prior general de los Carmelitas, por mandato del legado

pontificio Aimeric Malafaïda, y los solitarios del Carmelo comenzaron a adquirir las costumbres conventuales ya vividas en Occidente.⁶

El soplo de la gracia: de Oriente a Occidente

No obstante, en la Europa medieval surgía un nuevo modo de vida religiosa: las órdenes mendicantes. Los frailes franciscanos y dominicosatraían vocaciones de todas partes. Al mismo tiempo, en Oriente, las invasiones sarracenas amenazaban la vida de los cristianos, y los ermitaños del Carmelo se vieron obligados a abandonar aquel lugar sagrado, cuna del profetismo y de su vocación. La Providencia, sin embargo, tenía un designio al permitir tales vicisitudes: ¡expandir el Carmelo por todo Occidente!

Así pues, en 1238 llegaban los primeros monjes carmelitas a Sicilia, Chipre y España.⁷ Con todo, tal era el número de religiosos mendicantes en aquellos lugares que a menudo ocurría la siguiente escena. Para cumplir el ideario evangélico, dos frailes recorrían las casas pidiendo limosna o alimentos, y siempre eran atendidos generosamente. Sin embargo, comenzaron a aparecer unos hábitos distintos, que provocaban cierta irri-sión: una túnica marrón, con cordón en la cintura y una capa con barras, es decir, blanca con rayas beige o marrón. Cuando se les preguntaba a qué orden pertenecían o quién era su fundador, los monjes respondían, de acuerdo con la regla, que eran los sucesores de Elías y Eliseo y que procedían del monte Carmelo...⁸

Reforma del hábito y aparición del escapulario

Así empezaba la epopeya carmelitana en el cristianismo occidental. Las costumbres europeas les obligaron a cambiar la capa con barras por



El espíritu de Elías alentó a muchas almas a lo largo de la historia de la Iglesia y las manifestaciones de su profetismo relucieron con matices siempre nuevos en sus hijos espirituales

San Eliseo, San Juan Bautista, San Simón Stock y San Juan de la Cruz

una blanca, como se mantiene hasta hoy. Pero la Santísima Virgen aún deseaba confirmar la predilección que tenía por sus hijos del Carmelo.

El primer capítulo general de los carmelitas de Occidente, reunido en Inglaterra, eligió prior a San Simón Stock, el cual comenzó la lucha por la aprobación de su orden con el sumo pontífice. En la noche del 15 al 16 de julio de 1251, Nuestra Señora se le apareció al santo y le entregó, como signo de su elección, el escapulario, diciéndole: «El que muera con él no padecerá el fuego eterno».

A partir de entonces, esta vestimenta mariana sería el distintivo principal del carmelita. Así como Elías entregó su manto a Eliseo, un gesto que simboliza no sólo el discipulado, sino también que el discípulo es propiedad del maestro, así también la Santísima Virgen dejaba consignado para siempre que aquel que usa su escapulario es de su propiedad.

Y les confirmaba una vez más a los miembros de la orden del Carmen —quienes por Ella habían vivido en la esperanza desde los días del profeta Elías, la habían amado incluso antes de su nacimiento y junto a la fuente del monte Carmelo cantado sus alabanzas para anunciar su llegada— que le pertenecían a Ella, que eran sus discípulos y sus profetas.

¿Dónde encontrar a Elías?

Nuestro Señor Jesucristo vino a cumplir la ley y los profetas, siendo Él mismo la Ley y la Profecía realizadas. Sus palabras, no obstante, también están envueltas en los misterios del profetismo...

La Transfiguración acababa de suceder. Atónitos, los apóstoles Pedro, Santiago y Juan habían contemplado a Moisés y a Elías rodeados de gloria, conversando con el Maestro. Los discípulos, reunidos a su alrededor, oyeron entonces estas sublimes palabras:

«Elías vendrá y lo renovará todo» (Mt 17, 11).

En efecto, el espíritu de Elías alentó a muchas almas a lo largo de la historia de la Iglesia y las manifestaciones de su profetismo relucieron con matices siempre nuevos en sus hijos espirituales. El Bautista ya había causado asombro en Israel, señalado por el propio Redentor como un nuevo Elías (cf. Mt 11, 14). ¿Y cómo no entreverlo, ya durante la era de la nueva ley, en los arrebatos místicos de San Juan de la Cruz o en las inflamadas profecías del Beato Francisco Palau? La humanidad discernió la gloria del tesbita en la gesta incomparable de San Simón Stock, en las heroicas gestas militares de San Nuno Álvares Pereira y en la milagrosa protección de Ana de San Bartolomé enfrentándose a los herejes calvinistas.

Del elevadísimo grado de unión de Elías con Dios brotaron innumerables



Fotos: Francisco Leceras / Juan Carlos Villagómez / Timothy Ring

¿Cuántos frutos se pueden esperar aún de un espíritu que engendró desde la gran Santa Teresa hasta Santa Teresa del Niño Jesús, entre otros innumerables místicos, guerreros y mártires?

San Nuno Alvares Pereira, Beata Ana de San Bartolomé, Santa Teresa de Jesús y Santa Teresa del Niño Jesús

bles gracias para la orden. Sin duda, místicas como Santa Teresa Margarita Redi, Santa María Magdalena de Pazzi y Santa Isabel de la Trinidad son sólo destellos de aquel mismo profetismo eliático que en lo alto del Horeb declaró con ardor: «Me consume el celo por el Señor, Dios de los ejércitos» (1 Re 19, 14).

Finalmente, la sangre de Elías también regó copiosamente la Historia, haciendo florecer innumerables mártires para la gloria de los Cielos,

bañando las tierras de Compiègne, Guadalajara, Dachau, Gora... ¿Cuántos frutos se pueden esperar aún de un espíritu que engendró desde la gran Santa Teresa hasta la virgen-guerrera de Lisieux, Santa Teresa del Niño Jesús?

Sin embargo, todavía resuena en los corazones que arden de esperanza por la gloria de Dios la profecía del Señor: «¡Elías tiene que venir!». ¿Habrá llegado ya el Elías profetizado por el divino Maestro? ¿Está cerca el mo-

mento en que se restablecerá el orden en el mundo y en la sociedad? ¿No será que, como afirma San Pablo, «ha quedado un resto, elegido por gracia» (Rom 11, 5), que no ha doblado la roldilla ante Baal (cf. 1 Re 19, 18), una pequeña nube, prenuncio del advenimiento de María sobre la tierra?

Subamos, pues, a la montaña sagrada del Carmelo, busquemos en el horizonte los signos del regreso del profeta Elías... Ciertamente, los encontraremos. ♦

¹ CICCONETTI, O Carm, Carlo. «El profeta Eliseo, primogénito y modelo de los carmelitas». In: VV. AA. *Eliseo, o el manto de Elías*. Burgos: Monte Carmelo, 2000, p. 74.

² Cf. VÁZQUEZ ALLEGUE, Jaime. בְּרַמֵּל. In: *Diccionario bíblico hebreo-español español-hebreo*. 2.^a ed. Estella: Verbo Divino, 2003, p. 113; POLENTINOS, OSA, Valen-

tín. Carmelo. In: DÍEZ MA-
CHO, MSC, Alejandro; BAR-
TINA, SJ, Sebastián (Dir.).
Encyclopédie de la Biblia.
2.^a ed. Barcelona: Garriga,
1969, t. II, col. 149.

³ GUÉRANGER, OSB, Prosper.
*L'Année Liturgique. Le temps
après la Pentecôte*. 10.^a ed.
Paris: H. Oudin, 1913, t. IV,
p. 156.

⁴ Cf. CICCONETTI, op. cit.,
p. 70.

⁵ Cf. GUÉRANGER, op. cit.,
p. 149.

⁶ Ídem, pp. 149-150.

⁷ Cf. ORTEGA, OCD, Pedro.
Historia del Carmelo Teresiano.
3.^a ed. Burgos: Monte Car-
melo, 2010, p. 33.

⁸ La primera regla carmelita-
na fue escrita por San Alber-

to, patriarca de Jerusalén, en el siglo XII, cuando San Bertoldo ya era prior general del Carmelo. No obstante, con el traslado a Occidente fue necesario reformar la regla primitiva, en la que se agregó ese pormenor sobre la petición de limosnas y la respuesta que debían ser dadas a las preguntas acerca de la orden.

Lenitivo para un corazón materno

Una situación alarmante, un corazón materno abrumado por preocupaciones e incertidumbres, una oración, una rosa y una señal del Sagrado Corazón de Jesús...

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

A las profundas transformaciones de mentalidades y costumbres que sacudían al mundo en las primeras décadas del siglo XX le siguieron las revoluciones políticas. Sin embargo, si en otros países minorías revolucionarias se embriagaron de sangre, en nuestro inmenso y tranquilo Brasil la voluntad de no luchar superaba casi siempre a la voluntad de vencer. En la mayoría de los casos, hábiles jugadas políticas evitaron enfrentamientos cuyas consecuencias podrían haber sido trágicas.

Hasta 1930, Brasil vivió bajo un régimen conservador, de base rural y con rasgos aristocráticos, pero que afirmaba su adhesión doctrinaria a una democracia liberal, representativa, fundada en el sufragio universal. Era notoria la contradicción entre la inspiración doctrinaria y la práctica política. La historia calificó a este régimen como la República Vieja.

Entonces se inició en nuestro país una ola de protestas en varios sectores, que exigían la coherencia de la práctica política con la inspiración doctrinaria. En medio de esa intensa exacerbación de ánimos así creada, la Revolución de 1930, llevada a cabo con la divisa de la Alianza Liberal, derrocó a la República Vieja.

Era natural que Dña. Lucilia, una mujer de hábitos y conviccio-

nes conservadores, viese con inquietud las diversas sublevaciones que marcaban el fin de un Brasil y el comienzo de otro.

El levantamiento armado de 1930 sorprendió al joven Plinio en una hacienda de Campos do Jordão, donde pasaba unos días con sus primos. Evidentemente, la preocupación de Dña. Lucilia por la integridad de su hijo era enorme, sobre todo porque se volvieron insistentes los rumores sobre una movilización general de los jóvenes en edad militar para combatir a las tropas rebeldes.



Reproducción

Los rumores sobre una movilización de los jóvenes en edad militar hicieron que Dña. Lucilia temiera por su hijo

Doña Lucilia con 52 años

«A quienes Dios les da la fe, Él mismo les exige esperanza»

Plinio, en cuanto pudo, le envió una carta, rebosante de amor filial, en la cual le describía la espléndida hacienda en donde estaba siendo objeto de una excelente acogida. Por lo tanto, su madre no debía preocuparse ni por su bienestar ni por su salud. Después de decirle que había ofrecido la comunión por Dña. Lucilia en Pindamonhangaba y pedirle noticias de la familia, Plinio le da un filial consejo en ese convulso período.

Pasemos, ahora, a usted. Espero que tenga la suficiente dosis de espíritu religioso que requieren las circunstancias. La esperanza es una virtud que procede de la fe.

A aquellos a quienes Dios les da la fe, Él mismo les exige esperanza. Espere, pues, en Dios, porque ni un solo cabello cae de nuestra cabeza sin su consentimiento. Y, siendo así, ¿qué hemos de temer nosotros cuando estamos protegidos por un Dios de poder y misericordia infinitos? Usted, a quien tanto le gusta guiar por los principios del abuelo Ribeiro, debe acordarse de la gran confianza que él tenía en Dios hasta el punto de dar sus últimos 2.000 reales a un pobre, seguro de que nada le faltaría, mientras no le faltase la gracia de Dios. Y usted que, a diferencia de él, frequenta los sacramentos, debe tener en Dios una confianza aún mucho mayor.

Comulgue asiduamente, pero sin sacrificio para su salud, y récele mucho a Nuestra Señora. El resto se arreglará.

Mándele afectuosísimos abrazos y besos a papá, a Rosée, a la abuela y a María Alice. A Antonio, un fortísimo y fraternal abrazo. A tía Yayá, tío Adolpho, Dora, y Adolphinho, muchos abrazos y recuerdos. A todos los demás de la familia, lo mismo. Para usted, finalmente, todo mi corazón, todo mi afecto, todo mi cariño y todo mi respeto. Bendiga al hijo que tanto la quiere.

Poco después, Plinio escribía nuevamente a su madre, renovando con respeto de hijo las recomendaciones de la misiva anterior:

Mi querida mamá

Le escribo ésta para enviarle un beso afectuosísimo y pedirle que recuerde que es católica y que la protección de Dios nunca le faltará. Comulgué hoy aquí y recé mucho por usted y por todos los nuestros. Jesús me atenderá.

Mucho cuidado con su hígado. Dígale a Rosée, a quien envío un cariñoso beso, que no se olvide de mi petición; ella sabe de qué se trata.

Para usted, mi bien, todo mi corazón. Hasta pronto. Bendiga a su hijo.

Continuas oraciones de una madre extremosa

Quien lee, en otra carta de la misma época —esta vez escrita por Dña. Lucilia a Plinio—, la referencia a las innumerables oraciones rezadas por sus intenciones, para que Dios lo preservase de los peligros, bien puede notar la aflicción en la que ella se encontraba.

São Paulo, 13-10-1930

JHijo querido!

Espero en Dios que estés con salud, y por Él te pido que, con el máximo cuidado y prudencia, evites toda y cualquier molestia o accidente.

Mi hígado está mejor de lo que esperaba, y en cuanto a mi salud no



Reproducción

«Mi querida mamá, recuerde que es católica y que la protección de Dios nunca le faltará»

Plinio en la unidad «Línea de tiro 52», en 1929

te preocipes, pues lo estoy llevando con regularidad.

Tu abuela está en franca convalecencia, felizmente. María Alice aún tose un poco, pero ya está mejor, y reza todos los días por ti. Yo lo hago todo el día... rosarios, coronillas, letanías, novenas, etc.; ya les he pedido oraciones a las monjas de la Luz, que mandaron unas cuatro o seis piedritas de la tumba de Fray Galvão, que desearía poder enviarle para que las lleves siempre encima para curarte o preservarte de molestias y peligros. Voy a pedir oraciones también a las monjas de Perdices, y encender todos los días una vela a San Expedito. Les he hecho promesas al Sagrado Corazón de Jesús, a María Auxiliadora, a Santa Teresa del Niño Jesús y a San Luis, tu protector. ¡Dios permita que la paz vuelva pronto! Nos quedaremos en la capital, pues creo que nada habrá por aquí. Tu padre, hermanos y de casa de tu tío, te mandan abrazos.

«Loca» de saudades, te abrazo, te beso mucho y mucho, y te colmo de bendiciones.

De tu madre muy extremosa.

Lú

¿Una señal del Sagrado Corazón de Jesús?

A un corazón tan bondadoso, la Divina Providencia no lo dejaría sin consuelo alguno. Durante sus aflicciones, Dña. Lucilia fue objeto de una manifestación de la celestial bienquerencia del Sagrado Corazón de Jesús.

El hecho sucedió en un momento en que su angustia, debido a la situación de Plinio, alcanzó un clímax. Mientras rezaba y ponía una rosa en un pequeño florero a los pies de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, en la sala de visitas, Dña. Lucilia imploró al divino Salvador que librarse a su hijo del peligro y, por otro lado, que le diese una señal de haber sido atendida.

Formulada la súplica, bajó al jardín, donde mientras caminaba un poco, ciertamente, proseguía piadosamente sus oraciones.

De repente, oyó un atronar de cañones a lo lejos, lo que la alarmó mucho. Poco después llegó la noticia de la renuncia del presidente Washington Luis, en Río de Janeiro; los cañonazos festejaban la victoria del levantamiento militar.

Su primera reacción al oír la noticia —cuya consecuencia inmediata era el fin de las hostilidades— fue ponerse a los pies del Sagrado Corazón de Jesús para agradecerle ese efecto de los complejos acontecimientos que comenzaban a desarrollarse en el país. Cuál no fue su sorpresa cuando, al acercarse a la referida imagen, encontró deshojados en el suelo los pétalos de la rosa colocada allí poco antes.

Hasta el final de su vida contaría este expresivo episodio, vibrante de gratitud hacia su divino Protector. ♦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Doña Lucilia: Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 302-308.*

Reina de la nación y de los corazones

Colombia, 1998. La imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima recorre varias ciudades del país, llevada por los Caballeros de la Virgen —como se les conoce allí a los Heraldos del Evangelio— y su fundador, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, dejando una huella indeleble en los corazones. Veintiséis años después, María Santísima ha querido estar de nuevo con sus hijos, como prolongación de las gracias que derramara antaño, y demostrar que es, de hecho, Reina de Colombia.

Así pues, del 1 y al 10 de mayo el coro y orquesta del seminario mayor de los Heraldos del Evangelio, situado en Mairiporã (Brasil), realizó una gira por Colombia,

atrajendo a miles de almas para alabar a la Madre de Dios. Las presentaciones tuvieron lugar en el Movistar Arena, de Bogotá; en el santuario del Sagrado Corazón de Jesús, de Armenia; en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Pereira; en la iglesia de Santa Mónica, de Cali; en la catedral de Nuestra Señora del Rosario del Palmar, de Palmira; en la catedral de María Reina, de Barranquilla; en la catedral de Santa Marta, de la ciudad del mismo nombre; en la plaza Mayor, de Medellín; y en la catedral de San Nicolás, de Rionegro.

Todo el programa contó con una amplia cobertura en los principales canales de radio y televisión locales.

Fotos: Jesse Arce / Ivano Gavilanes



Rionegro



Bogotá



Cali



Medellín



Medellín



Bogotá



Bogotá



Barranquilla



Armenia



Santa Marta



Rionegro



Pereira



Bogotá



Medellín



Entrevistas concedidas a varias emisoras de Colombia





Brasil – En apoyo a la población de Río Grande do Sul, después de la catástrofe que devastó el estado, los Heraldos del Evangelio animaron con sus cantos la procesión realizada en la localidad de Frederico Westphalen con ocasión del centenario del martirio de los Beatos Manuel González y Adilio Daronch, ocurrido en el municipio de Três Passos el 21 de mayo de 1924. Después de la procesión, hubo una misa solemne, presidida por Mons. Antonio Carlos Rossi Keller, obispo diocesano.



Brasil, Montes Claros – Cerca de 3.000 personas participaron en la 3.^a Romería de los Milagros, realizada el 19 de mayo en honor de Nuestra Señora de Fátima. Entre oraciones y cantos, los fieles recorrieron a pie una distancia de 13 km, desde la Estrada da Produção hasta la iglesia de Nuestra Señora de los Clarísimos Montes, donde asistieron a la santa misa.



Ecuador – En el mes de mayo, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó la sede del Gobierno de la Provincia del Azuay, donde fue coronada por el gobernador, Santiago Malo (foto 1); el 80.^o Grupo de Artillería del Ejército Ecuatoriano, de Cuenca (foto 2); y la catedral de San Francisco, de Azogues, cuya misa de bienvenida fue presidida por Mons. Oswaldo Vintimilla Cabrera, obispo diocesano (foto 3).



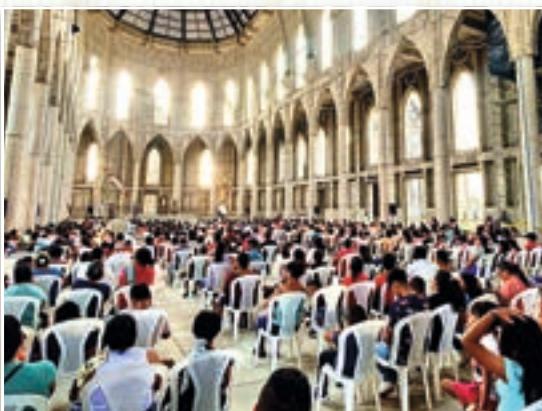
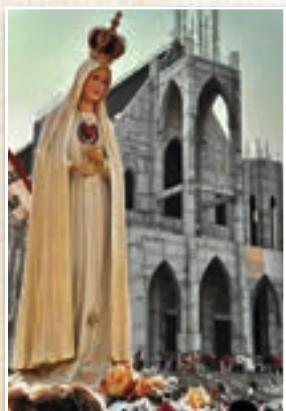
Fotos: Vicent Bassi

Estados Unidos – Los Heraldos del Evangelio realizaron en mayo una misión mariana en la parroquia de San Miguel, de Hudson, ocasión en la que la parroquia fue consagrada al Inmaculado Corazón de María (fotos 2 y 3). En el mismo mes, la imagen peregrina de la Virgen visitó las instalaciones de la Academia San Benito, de Natick, llevando su mensaje de fe y esperanza a profesores y estudiantes (foto 1).



Fotos: Rogerio Baldassarri

Italia – También se llevaron a cabo varias misiones marianas en suelo italiano en el mes dedicado a la Madre de Dios. En las fotos, aspectos de las actividades en San Ferdinando, Reggio Calabria (foto 1); en la iglesia de los Santos Ángeles Custodios, de Roma, donde la imagen peregrina fue coronada por Mons. Daniele Salera, obispo auxiliar (foto 2); y en Fisciano, Salerno (foto 3).



Fotos: Alejandro Solís

El Salvador – El 4 de mayo, trabajadores del Valle El Ángel, de San Salvador, se reunieron en la iglesia en construcción del Centro de Espiritualidad de los Heraldos del Evangelio de San Salvador, para tener un momento de oración junto a la Virgen de Fátima, al final del cual hubo distribución de ropa y alimentos, seguido de un generoso almuerzo de confraternización.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Varsovia prohíbe los crucifijos en lugares públicos

Un decreto firmado por el alcalde de Varsovia (Polonia) prohíbe la exhibición de crucifijos y otras imágenes religiosas en los espacios y oficinas públicos de la ciudad. La medida, basada en la ley de Garantías de la Libertad de Conciencia y Religión, exige la eliminación de todos los símbolos religiosos y se aplicará de forma obligatoria en la capital.

La determinación suscitó un gran número de opositores, escandalizados por el ataque directo a las tradiciones cristianas y culturales del país, y por la violación de la Constitución, que garantiza a los ciudadanos el derecho a manifestar públicamente su religión.

Possible curación milagrosa en Lourdes

Durante la peregrinación anual promovida por la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes de Madrid al santuario francés de esta advocación, una peregrina fue curada de una grave discapacidad visual al hacer uso del agua de la gruta de Massabielle.

La Oficina de Constataciones Médicas del santuario informada y los médicos verificaron en ese momento el extraordinario hecho, aunque todavía serán necesarios varios años de estudio y seguimiento a fin de determinar si se trata de un nuevo milagro. Para ello es necesario demostrar que la curación ha sido inmediata, completa, duradera e inexplicable, requisitos exigidos por la Iglesia y mucho más exigentes que la mera declaración de curación inex-

plicable dada por los médicos. Si eso sucede, será el milagro número 71 que ha ocurrido en Lourdes.

Peregrinación por la reapertura de Notre Dame

Con motivo de la reapertura de la catedral de Notre Dame de París, siete rutas de peregrinación procedentes de toda Francia convergerán en el emblemático templo bajo el lema *Los grandes santos que nos precedieron nos mostraron el camino*. La peregrinación comenzará el 28 de julio, y cada recorrido estará bajo la protección de uno de los siguientes santos patrones: San José, San Miguel, Santa Juana de Arco, Santiago, Santa Ana, San Martín y San Benito José Labre. Otra peregrinación, titulada *Corona marial*, recorrerá las afueras de París, partiendo de Nanterre, con la imagen de Nuestra Señora de la Ternura.

El programa deberá concluir con una vigilia solemne el 14 de septiembre y una misa el día 15, presidida por el arzobispo de París en la iglesia de San Sulpicio.



Imágenes y reliquias sobreviven a la catástrofe de Río Grande do Sul

En medio de la tragedia que azota al estado brasileño de Río Grande do Sul, el descubrimiento de imágenes y reliquias que inexplicablemente se salvaron de la catástrofe trajo un signo de esperanza a los fieles.

En la ciudad de Tres Coronas, un ejemplar de la Sagrada Escritura fue encontrado intacto por un voluntario del Cuerpo de Bomberos. La Biblia estaba abierta por el capítulo 32 del libro de Job, donde se leía: «Dios educa a través del sufrimiento». Tres imágenes de Nuestra Señora de Fátima, una en Porto

Alegre, otra en Bento Gonçalves y la tercera a orillas del río Guaporé, se conservaron en perfecto estado a pesar de la destrucción que las rodeaba, así como una imagen de Santa Teresa del Niño Jesús, que contiene una reliquia, que fue recuperada entre los escombros de una casa arrasada por las inundaciones.

Escuelas públicas de Florida tendrán capellanes

A partir de julio, las escuelas públicas del estado de Florida (Estados Unidos) podrán contar con capellanes voluntarios en su programa educativo. El proyecto de ley que ha permitido este beneficio fue firmado por el gobernador, Ronald Dion DeSantis, en abril de este año y busca ofrecer a los estudiantes un apoyo más en la difícil etapa de desafíos y cambios que enfrentan durante el período escolar.

La medida incluye la obligatoriedad del consentimiento escrito de los padres para que los niños puedan tener un seguimiento por parte de los capellanes y participar en los programas que ellos ofrecen en las escuelas.

Multitudinaria conmemoración en Fátima

Enfrentando el frío y la posibilidad de lluvia, más de 450.000 fieles de todo el mundo participaron en las celebraciones con ocasión de la fiesta de Nuestra Señora de Fátima, en su santuario de Portugal. Alrededor de 250.000 devotos acompañaron la procesión de las antorchas el domingo 12 de mayo y 200.000 abarrotaron la explanada durante la solemne celebración eucarística del día 13, aniversario de la primera aparición de la Virgen María a los pastorcitos.

El rector del santuario manifestó su asombro por el gran número de jóvenes que hicieron el recorrido a pie hasta el lugar, y el arzobispo de Barcelona, el cardenal Juan José Omella, que presidió las celebraciones, se mostró emocionado ante el espectáculo ofrecido por los miles de católicos congregados para afirmar su deseo de seguir

Reproducción

el llamamiento de la Madre de Dios expresado allí hace más de un siglo.

Quinta convocatoria mundial del Rosario de Hombres

Pedirle a la Virgen que revitalice en el corazón de los hombres el papel que Dios les confió en el plan de la salvación como protectores de la familia y de la sociedad, fue la intención de la quinta edición del Rosario Mundial de Hombres, celebrada el 4 de mayo.

La iniciativa, que unió en oración a varones de 40 países y 200 ciudades, se propuso también rezar por los sacerdotes y ofrece a la Madre de Dios un acto de reparación por las ofensas que su Inmaculado Corazón recibe diariamente, así como por los ataques lanzados contra la Iglesia Católica y la familia.

Campeón de voleibol abandona su carrera para ingresar en un monasterio

A sus 32 años, Ludovic Duée, capitán del equipo de voleibol Saint-Nazaire Volley-ball Atlantique, campeón de Francia la temporada pasada, decidió abandonarlo todo para seguir la llamada de Dios. El atleta, galardonado con varios trofeos, irá ahora a la búsqueda de premios más duraderos dentro del claustro de la abadía de Santa María de Lagrasse, situada a 400 km de París.

La decisión, que sorprendió a muchos, nació en el corazón del joven al

comienzo de la pandemia, según declaró: «Descubrí que Dios me amaba y que lo único que esperaba era que yo también lo amara». Ludovic empezará ahora un período de formación para convertirse en clérigo de los Canónigos Regulares de San Agustín.

Director de colegio católico evita ataque terrorista

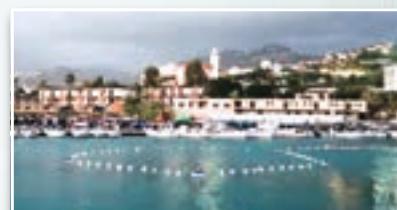
Un grupo de extremistas no identificados intentó invadir el instituto católico de bachillerato Padre Angus Frazer Memorial, situado en Makurdi (Nigeria), la noche del 7 de mayo. Los agresores abrieron fuego contra el edificio en el que dormían los alumnos, pero el ataque se vio frustrado gracias a la sensata intervención del director, el P. Emmanuel Ogwuche, que rápidamente apagó todas las luces del edificio, impidiendo que los terroristas encontraran la entrada. Sin embargo, ante la posibilidad de nuevos ataques, los jóvenes fueron evacuados como medida preventiva, a la espera de que la situación se estabilice.

Archidiócesis mexicana se consagra al Sagrado Corazón de Jesús

El pasado 26 de mayo el cardenal Carlos Aguiar Retes, primado de México, consagró la archidiócesis de Ciudad de México al Sagrado Corazón de Jesús, por intercesión de

la Virgen de Guadalupe, San José y San Miguel.

El acto, revestido de toda la gravedad que conllevaba, fue realizado al término de la misa celebrada por el cardenal en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe y contó con la presencia de miembros del Venerable Cabildo de Guadalupe y de numerosísimos fieles.



Joe Abdel Sater

Rosario flotante en el Líbano

La ciudad costera de Bouar (Líbano) fue escenario de un insólito homenaje a la Virgen María el 11 de mayo, festividad de Nuestra Señora de los Mares. Los católicos de la región—liderados por Joe Abdel Sater, mentor del proyecto, y apoyados por el sacerdote local y el alcalde de la ciudad—confeccionaron un rosario de más de 100 metros de largo y lo colocaron cuidadosamente sobre las aguas del Mediterráneo. El rosario flotante estaba equipado con luces, a fin de emitir un brillo por la noche, y atado a las piedras del fondo del mar para mantener su forma a pesar de los cambios del agua.

GAUDIUM PRESS
VERSIÓN EN ESPAÑOL

Suscríbase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano

Sumario



Lágrimas de despedida

No siempre se puede ocultar el dolor que causa una separación. ¿Qué sucede con las lágrimas de ese momento?



✉ Lorena Mello da Veiga Lima

Se acercaba la Pascua judía. El Mesías estaba a la mesa con once de sus discípulos; Judas ya se había retirado. En una sala contigua estaba la madre de Jesús y algunas mujeres piadosas, que nunca abandonaron al Maestro.

Acabada la santa cena, el Señor les hizo una señal a los Apóstoles para que esperaran un instante. Quería despedirse de María Santísima.

—Madre, ¡ha llegado el gran momento! Voy a hacer la voluntad de mi Padre, pero te pido, nuevamente, tu consentimiento.

Con lágrimas en los ojos, pero con el corazón firme, le respondió:

—Ve, Hijo mío. ¡Que sea obrada la Redención de la humanidad!

Al contemplar la mirada de su madre, el Salvador se quedó profundamente conmovido. Y los dos, abrazándose con amor extremo, lloraron en ese desgarrador adiós.

«Dios enjugará toda lágrima de sus ojos» (Ap 7, 16). Semejantes gotas, más preciosas que el diamante, no podrían caer en la tierra donde se cometería el peor de los pecados, el

deicidio. Por eso, el Padre eterno llamó a uno de los mayores ángeles y, entregándole un cáliz, le ordenó:

—Recoge aquí las lágrimas que brotan de los ojos de Jesús y de María.

El espíritu celestial salió apresuradamente y regresó enseguida para entregar el valioso líquido.

—Señor Todopoderoso, he aquí lo que le pedisteis a este siervo vuestro.

Con voz solemne, el Padre le contestó:

—Los dolores de los hombres deben unirse a los de la Pasión de mi divino Hijo. Y sé que la separación de sus seres queridos es una de sus mayores pruebas. Es tu misión, por tanto, reunir las lágrimas derramadas por ellos con la resignación y el amor a mis designios. Pero no aceptes el llanto derramado en la amargura.

Lleno de admiración por los planes de Dios, el ángel se retiró para cumplir las órdenes divinas.

Siendo diligente y servicial, no perdía ninguna oportunidad de llenar el cáliz.

Uno de los días más memorables de su misión fue el de la Asunción de la Virgen Inmaculada a los Cielos. Estaba tendida; como durmiendo tranquilamente. San Juan Evangelista la velaba; poco a poco iban entrando los demás Apóstoles para despedirse de aquella que había sido, en la Iglesia naciente, sostén de la fe. Al verla inerte y serena, comprendieron que había llegado el momento de la separación física. Algunos sollozaban discretamente, hasta que todos, sin excepción, lloraban a raudales. A pesar de su sufrimiento, se hallaban en paz.

El ángel recogió sus lágrimas y se sintió profundamente contento.

En otra ocasión, presenció una escena singular. San Ignacio, obispo de Antioquía, estaba a punto de entrar en la arena y ser devorado por las fieras. Varios de sus seguidores se encontraban presentes, contemplando sus últimos instantes. Un joven, convertido por el apostolado del prelado, no podía dejar de llorar. Pensaba consigo: «¿Cómo podremos sustentarnos ahora sin la ayuda de Ignacio? ¿Por qué Dios permite esta tragedia?».

El ángel estaba a su lado y, percibiendo sus disposiciones, a veces le inspiraba palabras de consuelo y fortaleza; pero el joven las rechazaba, permaneciendo en su tristeza. De manera que sus lágrimas no pudieron



Las lágrimas de la joven viuda se perdían, pues la inconformidad con la voluntad divina las hacía indignas



ser recogidas en el cáliz y el espíritu angelical se marchó...

Los siglos se fueron sucediendo y su tarea continuaba. Una vez se dirigió a Montecassino, en Italia. Había allí algunas personas que derramaban sentidas lágrimas. ¿Cuál era el motivo? Un matrimonio de la alta sociedad romana le entregaba su hijo a San Benito. ¡El muchacho había concluido sus estudios y tenía el futuro garantizado! Pero la vida religiosa, que todavía estaba principiando en la Iglesia, lo había atraído y nadie ni nada podrían arrancarle su nuevo ideal.

Sus padres eran buenos cristianos, aun así, la decisión del primogénito fue dura para ellos. Sin embargo, poniendo su esperanza en los bienes eternos, le permitieron ingresar en el monasterio.

El venerable abad los consoló: «¡Alegraos, una recompensa muy grande os espera por esta renuncia!». Padre y madre bajaron la cabeza y lloraron, despidiéndose de su hijo que sólo volverían a ver en el Paraíso. Y el ángel recogió en el cáliz las lágrimas de aquellos buenos progenitores.

Pasaron algunos siglos más. En una habitación yacía gravemente enfermo el padre de tres hijos, el mayor de los cuales tenía sólo 4 años... Su esposa rezaba por un milagro. La Providencia, no obstante, tenía otros planes y a los pocos días se llevó a aquel hombre a su lado.

La mujer no se resignaba: «¡Qué corto ha sido el tiempo de matrimonio y ya soy viuda, con hijos pequeños! Vivimos cumpliendo siempre

la ley de Dios; ¡¿cómo puede quitarme ahora a mi esposo, a mí, que no he hecho nada para merecer este mal?!». Gruesas lágrimas corrían por su rostro sufriente, pero todas caían al suelo, pues la inconformidad con la voluntad divina las hacía indignas de gotear en el cáliz.

El espíritu celestial también fue testigo de otro episodio. Dos hermanos de sangre eran cruzados y habían dedicado su existencia a luchar por el Redentor. Cuando sonó la señal de alarma, el ejército se reunió para escuchar las instrucciones:

—¡Partiremos hacia Tierra Santa! El Santo Sepulcro de Cristo está en peligro. Rápido, guerreros, pues emprenderemos nuestro viaje aún hoy.

A continuación, el comandante pronunció muchas palabras de aliento a aquellas almas que ardían de valentía y, finalmente, pasó a un aviso de carácter práctico:

—Hemos decidido dividir nuestra tropa en tres batallones. El primero seguirá el camino del norte, dará la vuelta y entrará por el este de la ciudad; el segundo, el camino del sur, atravesando Macedonia; el tercero tomará la ruta del mar Mediterráneo, arribará en Gaza y se dirigirá a Jerusalén.

Los dos hermanos se separarán, uno avanzaría por el norte y el otro por el mar. Sabiendo que algo les podía pasar a medio camino y no se volverían a ver nunca, se despidieron con espíritu varonil, pero sintiendo el dolor de la separación. Cuando iniciaron el viaje, ambos lloraron, pidiéndole a la Reina de las victorias coraje en la lucha y que jamás abandonaran el campo de batalla.

El ángel acercó el recipiente a sus rostros y sus lágrimas se mezclaron en su interior.

Al cabo de unos siglos más, llegó el fin del mundo. Momentos antes de que sonara la trompeta para la resurrección de los cuerpos, Dios Padre llamó a aquel angelical siervo suyo:

—¿Dónde está el cáliz?

—Helo aquí, Señor —respondió—. En él están todas las lágrimas derramadas con resignación y amor por vos.

Dios recibió el recipiente y se mostró complacido con el contenido. Vertió entonces el líquido e hizo que de él nacieran un río caudaloso en el Cielo empíreo. Sus aguas eran límpidas, brillantes, puras y perfumadas, símbolo del premio reservado a quienes superaron la prueba de la separación de sus seres queridos. La felicidad de permanecer juntos en Dios para siempre sobrepasará infinitamente los dolores sufridos en la tierra.

Por lo tanto, no nos perturbemos cuando nos angustie la nostalgia. Si unimos nuestros sufrimientos a los de Jesús y de María, gozaremos de un dulcísimo júbilo en la gloria eterna. ♦



Ilustraciones: Tatiana Villegas

Las lágrimas resignadas se convirtieron en un río caudaloso: símbolo del premio reservado a quienes superaron la prueba de la separación

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San Oliverio Plunkett, obispo y mártir (†1681). Arzobispo de Armagh, Irlanda del Norte. Injustamente acusado de traición, fue ahorcado en Londres, en el reinado de Carlos II.

2. Beatos Juan y Pedro Becchetti, presbíteros (†c. 1420). Sacerdotes de los Ermitaños de San Agustín, oriundos de la misma familia. Murieron en el convento de la Orden en Fabriano, Italia.

3. Santo Tomás, apóstol.

San José Nguyêñ Đinh Uyên, mártir (†1838). Catequista preso y salvajemente torturado en Hung Yêñ, Vietnam, por negarse a pisar una cruz.

4. Santa Isabel, reina (†1336 Estremoz, Portugal).

Beata María Crucificada Curcio, religiosa (†1957). Fundó en Santa Marinella, cerca de Roma, la Congregación de las Hermanas Carmelitas Misioneras de Santa Teresa del Niño Jesús, con el objetivo de unir la vida contemplativa a la acción apostólica.

5. San Antonio María Zaccaria, presbítero (†1539 Cremona, Italia).

San Atanasio Atonita, monje (†c. 1004). Estableció un pequeño monasterio en el monte Athos, Grecia, donde comenzó la vida cenobítica.

6. Santa María Goretti, virgen y mártir (†1902 Nettuno, Italia).

Beata Susana Águeda Deloye, vir-

gen y mártir (†1794). Religiosa benedictina guillotinada por enemigos de la fe durante la Revolución francesa.

7. XIV Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Edilburga, abadesa (†695). Hija del rey de los anglos orientales, se consagró a Dios como religiosa en el monasterio de Faremoutiers, Francia, del que llegó a ser superiora.

8. San Quiliano, obispo y mártir (†s. vii). Nacido en Irlanda, marchó a Baviera, Alemania, como misionero, donde convirtió al duque de Würtzburg. Fue cruelmente asesinado por observar las costumbres cristianas.

9. Santos Agustín Zhao Rong, presbítero, y **compañeros**, mártires (†s. XVII-XX China).

Santa Verónica Giuliani, abadesa (†1727). A la edad de 17 años ingresó como religiosa en el monasterio de la Orden de las Clarisas Capuchinas en Città di Castello, Italia. Recibió los estigmas de la Pasión.

10. San Canuto IV, mártir (†1086). Rey de Dinamarca que incrementó el culto divino, favoreció las actividades del clero y construyó iglesias. Fue asesinado por unos súbditos sediciosos.

11. San Benito, abad (†547 Monte Cassino, Italia).

San Hidulfo, abad (†707). Vivía como ermitaño en el

macizo de los Vosgos, Francia. Buscado por muchos discípulos, fundó y gobernó el monasterio de Moyenmoutier.

12. San León I, abad (†1079). Durante casi treinta años gobernó el célebre monasterio de Cava de' Tirreni, de Salerno, Italia, donde se dedicó especialmente al cuidado de los pobres.

13. San Enrique, emperador (†1024 Grone, Alemania).

Beato Fernando María Bacilieri, presbítero (†1893). Fundó la Congregación de las Siervas de María, de Galeata, Italia, para ayudar a las familias necesitadas y, sobre todo, promover la formación de las jóvenes.

14. XV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Camilo de Lelis, presbítero (†1614 Roma).

Beato Gaspar de Bono, presbítero (†1604). Abandonó su carrera de las armas para dedicarse a Dios en la Orden de los Mínimos. Murió en Valencia, España, como provincial.

15. San Buenaventura, obispo y doctor de la Iglesia (†1274 Lyon, Francia).

San José de Tesalónica, obispo (†832). Monje elegido obispo de esa ciudad griega, sufrió mucho por defender la disciplina eclesiástica y el culto a las imágenes sagradas.

16. Nuestra Señora del Carmen.

Beata Irmengandis, abadesa (†866). Bisnieta de Carlomagno, se entregó al servicio de Dios en el monasterio de Chiemsee, Alemania, del que fue superiora.

17. Santas Justa y Rufina, vírgenes y mártires (†c. 287). Hermanas



Francisco Lecuas

San Hidulfo - Abadía de San Mauricio, Ebersmunster (Francia)

sevillanas apresadas y sometidas a crueles suplicios por orden del gobernador Diogeniano.

18. San Federico, obispo (†838). Prelado de Utrecht, Países Bajos, eximio conocedor de la Sagrada Escritura, se dedicó incansablemente a la evangelización de los fríos.

19. Beato Aquiles Puchala, presbítero y mártir (†1943). Religioso franciscano polaco, torturado y asesinado durante la Segunda Guerra Mundial.

20. San Elías Tesbita, profeta. **San Apolinar**, obispo y mártir (†s. II Ravena, Italia).

San Pablo de Córdoba, diácono y mártir (†851). Asesinado por haber confesado su fe en Cristo ante las autoridades sarracenas.

21. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Lorenzo de Brindisi, presbítero y doctor de la Iglesia (†1619 Lisboa).

San José Wang Yumei, laico (†1900). Apresado, golpeado y decapitado durante la persecución de los bóxers, en China, por proclamar su fe.

22. Santa María Magdalena.

San Anastasio, monje (†662). Discípulo de San Máximo el Confesor, murió en el Cáucaso después de haber soportado prisión y torturas a causa de la fe verdadera.

23. Santa Brígida

, religiosa (†1373 Roma).

San Valeriano, obispo (†c. 460). Monje del monasterio de Lérins nombrado obispo de Cimiez, Francia. Dejó por escrito el ejemplo de la vida de va-

rios santos, para edificación de los religiosos y de los fieles en general.

24. San Sarbelio Makhlûf, presbítero (†1898 Annaya, Líbano).

Santa Eufrasia, virgen (†s. V). Procedente de una familia noble senatorial, se retiró para llevar vida eremítica en el desierto de Tebaida, Egipto.

25. Solemnidad del apóstol Santiago.

Beato Juan Soreth, presbítero (†1471). Prior general de la Orden del Monte Carmelo, obtuvo del papa Nicolás V la erección canónica de la Segunda y Tercera Órdenes de los Carmelitas.

26. Santos Joaquín y Ana, padres de la Bienaventurada Virgen María.

Santa Bartolomea Capitano, virgen (†1833). Junto a Santa Victoria Gerosa fundó el Instituto

de las Hermanas de la Caridad de María Niña. Murió de tuberculosis a los 26 años.

27. San Celestino I, papa (†432).

Instituyó el episcopado en Irlanda e Inglaterra. Apoyó el Concilio de Éfeso, en el que la Virgen María fue proclamada Madre de Dios.

28. XVII Domingo del Tiempo Ordinario

San Botvido, mártir (†1100). Sueco de nacimiento y bautizado en Inglaterra, trabajó para evangelizar su tierra natal. Fue asesinado por un finlandés al que él mismo había liberado de la esclavitud.

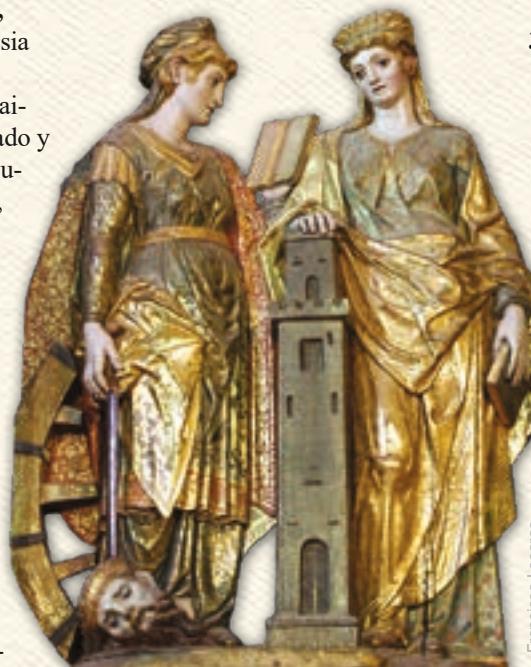
29. Santa Marta. Hermana de Lázaro y de María Magdalena, tuvo el honor de acoger varias veces en su casa al Hijo de Dios. Figura en los Evangelios siempre preocupada por servir dignamente a su divino huésped.

30. San Pedro Crisólogo, obispo y doctor de la Iglesia (†c. 450 Imola, Italia).

Beata María Vicenta de Santa Dorotea, virgen (†1949). Fundó en Guadalajara, México, el Instituto de las Siervas de la Santísima Trinidad y de los Pobres, dedicado al servicio de los enfermos desamparados.

31. San Ignacio de Loyola, presbítero (†1556 Roma).

Beata Sidonia, virgen y mártir (†1955). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz, en Trnava, Eslovaquia. Por haber protegido a un sacerdote durante la persecución religiosa en ese país, fue encarcelada y sometida a grandes humillaciones y torturas, a consecuencia de las cuales murió.



Santas Justa y Rufina -
Monasterio de San Jerónimo,
Granada (España)

Patrona de la Armada

Las embarcaciones primorosamente engalanadas y el silbido de las sirenas le confieren la nota de grandeza debida al homenajear a aquella que es llamada «Estrella del mar».



▽ Hna. María José Tefel Urioste, EP



«Flos Carmeli, vitis florigera, splendor caeli, Virgo puerpera, singularis. Mater mitis, sed viri nescia, carmelitis da privilegia, stella maris —Flor del Carmelo, vid florida, esplendor del Cielo, Virgen fecunda y singular. Madre dulce, de varón no conocida, con los carmelitas muéstrate propicia, joh, Estrella del mar!». Este fragmento del himno compuesto por San Simón Stock cobra un significado especial en España. De hecho, si la fiesta de Nuestra Señora del Carmen ya es, en

sí misma, un gran acontecimiento, en las regiones costeras de ese país se reviste de un plus de belleza en honor de la Estrella del mar.

En el siglo XVIII, el almirante Antonio Barceló y Pont de la Terra fomentó esa devoción en la Armada —la marina de guerra española—, dirigida por él como teniente general. En adelante, el patrocinio de San Telmo fue dando paso al de la Virgen del Monte Carmelo. Posteriormente, en 1901, se convertiría en la patrona de la Real Armada Española y de todos

los navegantes del mar; incluso los pescadores la tomarían por protectora, sin exceptuar a San Pedro, claro.

Desde entonces, en las más diversas regiones del litoral, sus devotos llevan a cabo todos los años una grandiosa procesión acuática: el traslado de la imagen de Nuestra Señora del Carmen de la iglesia al puerto, donde es subida a un barco, recorriendo el mar seguida por otras embarcaciones primorosamente engalanadas. La celebración adquiere un aire festivo, y el silbido de las sirenas de los barcos



Corinando Estrelas / www.flickr.com

Marinos de la Armada Española portando a la imagen de Nuestra Señora del Carmen - Tuy (España). De fondo, procesión de la Virgen del Carmen en Ampolla (España)



le confiere una nota de mayor grandeza e importancia al acto.

El objetivo de la procesión es el de bendecir tanto el trabajo de los pescadores como la misión de los valientes marineros españoles. Durante el cortejo, éstos últimos honran a los fallecidos en las aguas arrojando claveles y guardando un minuto de silencio. ¡Qué honor para la Santa Madre pasar por el mismo lugar donde ellos entregaron sus almas a Dios! También se escuchan los armoniosos acordes de la Salve Marinera, un himno militar mariano que suele arran-

car lágrimas cuando se canta en ese momento de homenaje a los *caídos*.

El océano... ¡Cuántos misterios lo rodean! La grandeza de aquellos que lo surcan reside precisamente en la incertidumbre. ¿Quién les garantiza que llegarán a tierra firme? Por mucha experiencia que tengan, saben que, aislados en medio de las aguas, están completamente abandonados en manos de la Providencia.

En esa hora de mayor vulnerabilidad humana es cuando la Virgen se presenta para interceder por cada uno

de nosotros ante Dios. Ella es la estrella que ilumina el camino, serena las tempestades, revigoriza los corazones y señala el puerto de la salvación.

A causa de nuestros muchos pecados, mereceríamos ser tragados por las olas del castigo divino. Pero María, como fiel abogada, pide por nosotros para que la muerte eterna no nos devore, y nos bendice a fin de que nuestra misión se cumpla. Bajo la protección de la Santísima Virgen no tenemos por qué preocuparnos; Ella es verdaderamente la Estrella del mar. ♡

Los desposorios místicos -
Museo Nacional del Virreinato,
Tepotzotlán (Méjico)



Javier Pérez

Ser para Ella como Eliseo para Elías

Cuando María vive en alguien, no es Ella quien vive, sino que es Jesucristo el que vive en ese alguien. Y establecer límites a Nuestro Señor sería un auténtico absurdo. Por lo tanto, debo querer una entrega ilimitada a la Santísima Virgen.

Esa entrega supone, ante todo, un arroboamiento total, seguido de una veneración y de una ternura completas.

Desde esa perspectiva, la actitud perfecta es darlo todo, darse a sí mismo, por exi-

gencia del arroboamiento y como necesidad de supervivencia, para no decaer en la vida espiritual, hasta el punto de amar el espíritu que Nuestro Señor puso en María, de modo a querer ser para Ella como Eliseo lo fue para Elías.

Si estoy enteramente unido a Nuestra Señora, tendré la gracia inefable de unirme a Nuestro Señor Jesucristo.

Plínio Corrêa de Oliveira